

PUNTO
ROJO



CARIBE SANGRIENTO

mikky roberts

CARIBE SANGRIENTO

MIKKY ROBERTS

**CARIBE
SANGRIENTO**

1.^a EDICIÓN
ENERO - 1963



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 26.939 - 1962

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© MIKKY ROBERTS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 6730/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

711. — Legado sangriento.

En Colección SERVICIO SECRETO:

588. — Sangre sobre mí.

En Colección BÚFALO:

395. — Bueno con el revólver.

En Colección CALIFORNIA:

300. — Falso rural.

En Colección SALVAJE TEXAS:

271. — La ciudad del crimen.

En Colección COLORADO:

129. — Tras las huellas del muerto.

En Colección KANSAS:

174. — Muerte a plazo fijo.

En Colección ASES DEL OESTE:

112. — Tejano y testarudo.

En Colección BRAVO OESTE:

100. — Sin piedad.

En Colección PUNTO ROJO:

35. — El secreto de las tumbas.

CARIBE sangriento

por
MIKKY ROBERTS



CAPÍTULO PRIMERO

La culpa, era de Doty por no haber cerrado la puerta con pestillo al marcharse. Eso iba a traerle problemas. Lo comprendió al abrir los ojos. Algo —ahora sabía que se trataba de una pistola de cañón corto— le había golpeado el dedo gordo del pie que sobresalía por entre las sábanas. Naturalmente, maldijo con eficiencia aquel sistema, pero sus insultos no conmovieron al tipo gordo, pesado, que le miraba desde los pies de la cama.

—Vístase. Tenemos que dar un paseo.

La pistola que empuñaba evitaba el trabajo de discutir. Stuart Butler buscó en los rincones de su cerebro la placa fotográfica correspondiente a aquel individuo, pero no la encontró. Eso le desconsoló. No era un enemigo personal, nadie a quien sus investigaciones como detective hubieran perjudicado.

Sin embargo, debía tener razones muy poderosas para entrar así en la habitación de un hotel y despertarle con tan expeditivo sistema.

Volvió el rostro hacia la mesilla para enterarse de la hora, y entonces vio al compañero del que estaba a sus pies. También pesado, también gordo, pero con tan poca grasa como su compinche. Lo que abultaba bajo la ostentosa chaqueta no era relleno, sino músculo trabajosamente adquirido en cualquier gimnasio o en los *rings* de lucha libre. No empuñaba pistola; pero tampoco la necesitaba. Le bastaba con mirar fijamente a uno para inmovilizarlo. En el *ring* debió despertar alaridos entre los espectadores.

—¿No me ha oído? —repitió el que había hablado antes—. Póngase algo de ropa.

Le tiró el traje sobre la cama, de cualquier manera. Stuart se incorporó y posó los pies en la alfombra. Un día u otro llegaba un asunto como aquél. Alguien pagaba mil dólares y dos tipos se

encargaban de que un tal Stuart Butler, detective y exparacaidista, dejase de ser molesto para el cliente.

Se vistió. No despegó los labios una sola vez. Era evidente que ellos no le dirían nada. Les pagaban por liquidarle, no por darle conversación.

En el baño se peinó con cuidado, sin olvidar su loción predilecta, y luego sonrió a los dos visitantes.

—No me hagan andar demasiado. Llevé hoy un día agitado.

Eran las tres de la madrugada. La pistola desapareció en el sobaco del que la empuñaba y su compañero abrió la puerta.

Los pasillos estaban silenciosos y vacíos, y el ascensor carecía de empleado a aquellas horas. No era posible escapar. No le quedaba el menor resquicio para iniciar una fuga.

Ellos debieron comprender lo que pasaba por su mente.

—No lo intente. Sentiríamos utilizar otros procedimientos para convencerle.

Mentía. En sus ojos crueles latía la esperanza de que provocara una pelea. Les hubiera gustado hacer un poco de ejercicio, tomándole como saco de arena para entonar sus puños.

El conserje dormitaba y salieron a la calle. Un automóvil negro les aguardaba ante la entrada. Parecía arrancado de la escolta de un coche fúnebre. A Stuart empezó a sonarle un repique de campanas funerarias en sus oídos.

El coche rodaba rápido por las poco concurridas calles de Nueva York. La gran ciudad dormía en su mayor parte y estaba extrañamente silenciosa, cerradas las oficinas y los negocios. Únicamente los anuncios luminosos cumplían ardorosamente su trabajo de pregonar unos productos que apenas nadie podía leer.

—Por aquí no se va al puerto, muchachos —advirtió Butler, en un alarde de cinismo—. ¿Están seguros de que conocen el oficio?

—No vamos a matarle... por el momento.

—Vaya.

Pero la noticia no contribuía a alegrarle. Le dejarían con vida, sí, pero conocía demasiados casos de personas que habían quedado inválidas a consecuencia de una paliza propinada por tipos como aquéllos.

Miró al que conducía. Le daba la espalda, ofreciendo su nuca de toro al prisionero, pero su compinche estaba junto a éste, atento a

sus movimientos. Cualquier gesto sospechoso bastaría para iniciar el baile.

No se dirigían a los barrios bajos, ni siquiera al Bowery o a Harlem. Estaban en plena Quinta Avenida, un sitio para millonarios. Había tanta luz que el sol se había retirado, sin duda avergonzado de aquel brillo. Nadie podía ejercer sus instintos en un lugar como aquél, a la vista de todo el mundo.

Se detuvieron ante una lujosa casa de apartamentos.

—Ya hemos llegado.

Stuart miró a su alrededor. Era la Quinta Avenida, en efecto, y no soñaba. Salió ante la orden de los dos gigantes y emparedado entre ellos penetró en el edificio. Un ascensor supersónico los lanzó a las alturas y al cabo de unos minutos se encontró en un apartamento lujoso, bien amueblado, con luces indirectas y aire climatizado. La morada de un millonario... o de un político en el exilio.

Era esto último. Empezó a comprender al ver que en la puerta aparecía el general Nelson Rómulo, con su abultado abdomen, su piel tostada por el sol del trópico y el eterno cigarro entre los poderosos dientes.

Lo había conocido cinco años atrás. Incluso había trabajado para él cuando el general ocupó el poder en Guayama. La isla era hermosa y feraz, pero los políticos se empeñaban en estropearla con cambios de gobierno antiparlamentarios.

El general le debía muy buenos servicios, pero en aquel momento no se mostraba cordial. En otra ocasión le hubiera estrujado entre sus brazos, llamándole hermano. Ahora se limitó a fulminarle de una ojeada.

—Espero que comprenda que no acostumbro a tolerar que nadie me engañe.

Para entrada, era suficientemente dura la frase. Stuart arqueó las cejas.

—No hacía falta utilizar a sus guardaespaldas para que viniera, general.

—Prefiero estar seguro de que voy a conseguir lo que deseo.

Entró y se sirvió ron generosamente, pero no invitó al muchacho. Luego miró a su escolta.

—¡Fuera! Os llamaré si preciso de vosotros.

Quedaron los dos a solas, frente a frente.

—¿Algo va mal, general? Imaginaba que estaba usted en Miami, a punto de dar el salto. El actual presidente ha resultado un dictador hartamente peligroso, según la Prensa, y el pueblo de Guayama desea la vuelta de usted. Ya le hubieran llamado si en la isla se permitiera la libertad de expresión.

—¿No está enterado? ¿O finge no saber por qué le he hecho venir?

—General, usted me mira como a un enemigo. ¿Por qué?

—Lo es. No sé todavía lo que voy a hacer con usted... —Paseó por la estancia, dando rienda suelta a su cólera—. Por su culpa, mis planes están a punto de hundirse.

—Temo no entender.

—Le hablaré claro. ¡Me irritan los juegos de palabras! Usted me recomendó a un amigo suyo para un trabajo especial.

—Max Gordon, sí. Usted pretendió que le hiciera yo ese servicio y me negué. No quería líos. Soy un detective con licencia y gracias a ella me gano la vida. Lo que usted pretendía podía enfadar al Departamento de Estado. Usted es un refugiado político y, como tal, no puede utilizar este país como cabeza de puente para derrocar al Gobierno que le expulsó a usted de la isla. Usted quería que le comprara armas para su vuelta a Guayama y no accedí. A cambio, le proporcioné a la persona ideal para esa clase de trabajos: Max Gordon.

—Oh, sí, ideal. ¿Lo planearon entre ambos?

—¿Qué quiere decir?

—¡Le di un millón de dólares! ¡Un millón! —chilló, rojo el semblante—. ¿Sabe cuánto dinero es eso? Y él, bonitamente, en lugar de adquirir las armas y depositarlas donde convinimos ha iniciado una espectacular vida de potentado en Miami.

—No es posible.

El general Rómulo partió el cigarro en dos con sus largos dientes.

—¡Tengo pruebas! ¡Ese Max Gordon es un ladrón y temo que usted sea su cómplice!

—¡General! —gritó Stuart, encolerizado por la acusación, y dando un salto en dirección al político. Pero éste retrocedió un paso y sacó una pistola con asombrosa celeridad.

—Vaya con cuidado, Butler. Nadie me ha robado un alfiler sin que lo haya lamentado toda la vida.

El muchacho se inmovilizó, mordiéndose los labios. Sudaba por la rabia almacenada y de buen grado hubiera iniciado una pelea de imprevisibles resultados, dado que fuera aguardaban los dos guardaespaldas, pero la pistola era argumento excesivamente convincente.

—Max Gordon me ha robado... pero no disfrutará mucho de ese millón.

—¿Está seguro de lo que dice? Max es de toda confianza. Él no ha podido hacer una cosa así.

—¿Quiere una prueba? —retrocedió hasta una mesita donde había un magnetofón y accionó un pulsador.

Inmediatamente empezó a girar la cinta y tras un siseo leve producido por el paso de la banda magnética sin grabar, se oyó la voz de Max Gordon:

—Esa pulsera es sólo el principio, querida. Tendrás mucho más a mi lado si eres cariñosa conmigo. Te daré lo que me pidas.

Ella reía. Su voz era plena, cálida, sensual. Oyéndola, Stuart se la imaginaba como un felino perezoso.

—No puedes cumplir una sola de tus promesas. Eres sólo un detective y ni siquiera tienes agencia propia. He mirado tu cartera: soy muy curiosa, ¿sabes?

—No hagas caso de eso: pertenece al pasado, dispongo de más dinero del que podemos gastar en toda la vida.

—¿Has robado un banco?

—He tenido suerte, simplemente. Un negocio que salió bien.

Se oyó el chasquido de un beso y al jadeo posterior.

—Liquida tu vida pasada y nos iremos de aquí. He reservado dos pasajes para el Brasil.

—Aún no he aceptado. Deberás darme más pruebas.

—Las tengo —se oyó el eco de sus pasos y la voz de Gordon que desde lejos decía—: Te convencerás ahora mismo —la voz volvió a ser tan potente como antes, sin duda porque había regresado junto al micrófono oculto. Se oyeron unos chasquidos como de cerraduras al abrirse y luego la voz triunfal de Max Gordon—: ¿Qué te parece?

La mujer no pudo ocultar el temblor de su voz:

—Es... mucho más de lo que nunca vi.

—Un millón en billetes de curso legal. ¿Qué respondes?

—Querido...

—Saldremos la semana próxima, Margot. Prepáralo todo.

El general Rómulo accionó la palanca del magnetofón y la cinta dejó de correr por entre los electroimanes.

—¿Todavía duda?

Stuart sudaba. Se pasó una mano por el rostro. Los fríos ojos del político le taladraban con su cruel expresión.

—Es mi dinero lo que ese cerdo quiere gastar con mujeres. ¿Hay otro pasaje para usted, Butler?

—No.

—Le tengo en mi poder: es mejor que hable.

—No sé nada de ese plan. Ni puedo creerlo siquiera.

—¿A pesar de lo que ha oído?

—Gordon fue siempre un hombre leal: no haría eso.

—Pero su voz está ahí, eternizada.

—¿Cómo ha conseguido esa cinta? No es fácil preparar una prueba así.

—No me fío de la gente que trabaja para mí. No iba a darle un millón sin estar seguro de que era de fiar. Mis hombres sospecharon e hicieron esa grabación, instalando el micrófono durante una de las ausencias de Gordon de su habitación. Luego, me la mandaron a fin de que me convenciera.

Stuart encendió un cigarrillo y se dejó caer en un sillón de cuero.

—¿Qué piensa hacer?

—Matarle.

—Eso no va a solucionar nada.

—Y puede que le mate también a usted: al fin y al cabo, la responsabilidad le pertenece casi por entero, pues fue quien me recomendó a ese sucio ladrón.

—¿No le interesa, sobre todo, el dinero?

—Por supuesto.

—¿Para qué me ha hecho venir? No puedo creer que vaya a matarme: hubo demasiadas cosas entre nosotros y entre sus defectos no cuenta el ser desagradecido.

—Eso se olvida cuando media una traición.

—Yo no le he traicionado, general.

Rómulo volvió a servirse ron y desde el bar miró al muchacho, fruncidas las pobladas cejas.

—Le haré una proposición.

—Debió empezar por ahí: sabía que existía alguna posibilidad de acuerdo.

—Una sola: vaya usted a Miami.

—No irá a pedirme que mate a Gordon.

El político tardó en responder, como si pesar cuidadosamente todas las probabilidades existentes.

—No; me conformaré con que me devuelvan el millón, íntegro, inmediatamente. Mis planes no pueden esperar. Tráigame el dinero y me olvidaré todo, incluso de Max Gordon.

—¿Por qué me manda a mí a Miami? Usted tiene agentes allá.

—Cierto, pero quiero que advierta a Gordon del peligro que corre. Convénzale que debe rectificar. A mis hombres podría tratar de engañarles, escondiendo el dinero en algún lugar difícil, cuyo hallazgo resultara laborioso. ¡Y me urge el dinero!

Stuart asintió.

—Me entrevistaré con Gordon. ¿Continúa en Miami?

—Sí; en el hotel «Florida», habitación 315. El avión sale dentro de dos horas: tiene el tiempo justo para hacer el equipaje y salir. Recuerde que le espero, con el dinero.

Butler afirmó, gravemente:

—Cumpliré mi parte.

Se dirigió a la puerta. El general le franqueó salida. Al escuchar el pestillo, los dos guardaespaldas, se volvieron, cubriendo la puerta con sus corpachones y hundidas sus manos en los sobacos.

—El señor Butler se marcha... solo. Es amigo nuestro... por ahora —especificó.

Los dos pistoleros se apartaron y Stuart salió, pero antes de que llegara al exterior del apartamento oyó la última advertencia del general.

—Tendrá siempre a alguien vigilándole, Butler. Le matarán sin miramientos a la menor sospecha de traición.

El detective salió al pasillo. Sus pies se hundían en la recia alfombra, pero no estaba para apreciar aquellas elegancias.

En su cerebro martilleaban las amenazas del general. Sabía que sus adictos las cumplirían al pie de la letra.

CAPÍTULO II

Pulsó el botón del timbre y no lo alzó basto que le fue abierta la puerta. Soñolienta, entrecerrados los turbadores ojos verdes, cubierta con un salto de cama de nylon, Doty Fisher luchó por enfocar sus ojos y reconocerle.

—Tú.

No había entusiasmo ni afectuosidad. Su cuerpo estaba tan dormido como sus ojos.

—¿Puedo pasar un instante?

—Oh, Stuart, no son horas de romances. Estuvimos juntos hace pocas horas, ¿no?

—Sí, querida, pero he venido a despedirme.

Entró y cerró a su espalda. Dejó la pequeña maleta en el suelo, a un lado y miró a la espléndida estrella del Club de los Millonarios, donde tarde y noche triunfaba con su voz y su figura.

Súbitamente, ella se despertó.

—¿Una despedida? —Sus pupilas verdosas destellaron unos rayos dorados que presagiaban tormenta—. Recuerdo muy bien todas tus promesas, Stuart y entre ellas sé que figuraba un anillo de compromiso.

—Que tú no aceptaste.

—De acuerdo, pero esa negativa mía no te da derecho a renunciar a mí. ¿Qué es lo que tramas? —Se acercó, amenazadora, ondulando su largo y relleno cuerpo.

—Tengo un trabajo.

—¿Fuera de la ciudad?

—En Miami.

—No me gusta Miami para ti en plena temporada Hay demasiadas mujeres.

—Se me hace tarde, querida. Te escribiré.

Se inclinó para besarla, pero en su lugar recibió una sonora

bofetada.

—Estás equivocado si piensas que vas a abandonarme ahora.

—¡Doty!

—Iré contigo.

—No es posible.

—¿Por qué?

—Tu contrato con el club...

—Terminó hoy y mañana debía firmar uno nuevo.

—Además, es un asunto peligroso.

—Conozco todos los trucos que utilizas. Lo siento, Stuart, no te dejaré correr detrás de cualquier jovencita estúpida.

Luego, tras el estallido de cólera, vino el almíbar. Doty se echó en los brazos masculinos, desparramado el rubio cabello y cálido su cuerpo grácil.

Cuando logró librarse de aquellos labios posesivos, Stuart apartó a Doty y la sacudió de los hombros.

—Escúchame bien, querida. Éste es un asunto muy serio. Peligra mi vida, ¿eres capaz de comprender una cosa así? No es un devaneo tonto. Estoy jugándome la piel, y el peligro continuará hasta que regrese.

—¿Por qué has aceptado un trabajo tan arriesgado?

—Era preciso.

—¿Te pagan bien, al menos?

Butler torció el gesto.

—Aún a riesgo de ponerme melodramático te lo diré: el precio es mi vida. Ellos me matarán si creen que les engaño. Piensa en mí y deséame suerte: la voy a necesitar.

Doty le sujetó el rostro para mirarle el fondo de los ojos.

—No puedes engañarme, Stuart.

—No lo intento.

—Explícame de qué se trata.

—No es posible. Además, carezco de tiempo: dentro de media hora sale el avión para Miami.

Doty debió creerle por cuánto le estrujó entre sus carnosos brazos y le besó desesperadamente en los labios. Incluso, en sus bellos ojos aparecieron unas dulces lágrimas.

—Suerte, amor.

Butler recogió la maleta y bajó a la calle. Tomó un taxi y

partieron veloces hacia el aeropuerto. Cuando vio deslizarse las luces de Nueva York bajo el avión, Stuart pensó que un episodio de su vida se cerraba para comenzar otro que podía resultar dramáticamente breve.

De pronto, notó la garganta seca.

El hotel «Florida» había sido construido para alojar a los reyes de algo, pero con millones. Stuart supo apreciarlo a la primera ojeada. En la misma puerta un botones se hizo cargo de su maleta y un recepcionista le condujo al mostrador correspondiente.

—¿Hizo su reserva, señor?

—No; fue un viaje demasiado precipitado.

—Mala época ésta, señor. Siempre resulta difícil disponer de habitaciones, pero trataré de que esté cómodo. ¿Le parece bien el quinto piso?

—Un poco alto, ¿no?

—Veamos... Quizá el tercero...

—Sí; me gusta.

—Creo recordar que se ha producido una vacante... Sí; aquí está. Habitación 317.

La de Gordon era la 315. Ni elegida podía haberse encontrado mejor.

—Está bien; ya me subirán el equipaje.

—Al momento, señor —tocó una campanilla acudió un botones al que dictó—: Habitación 31 ¿Tiene la bondad de firmar el registro, señor?

Butler cumplió con aquel requisito y se dejó conducir a la habitación designada. El resto del hotel correspondía a la categoría del *hall*. Todos los pasillos estaban cubiertos por gruesas alfombras, y hasta en los menores detalles de la decoración se advertía un gusto y un lujo apto sólo para potentados. Stuart quiso pensar en la cuenta que le sería presentada al final de su estancia y entró decidido en su habitación.

Se componía esta de un saloncito y un dormitorio, junto al cual estaba un cuarto de baño. Todo en orden, todo perfecto.

El botones tosió discretamente y Butler comprendió que estaba aguardando una propina a tono con aquel esplendor.

Cuando se quedó solo se bañó y cambió de ropa, y una vez

acicalado miró la hora. Aún no eran las diez: demasiado pronto quizá para Max Gordon, especialmente si había pasado la velada en compañía de aquella Margot cuya voz pastosa oyera en la grabación magnetofónica, pero el general Rómulo no tenía excesiva paciencia, así que salió al pasillo y así en frente vio en números dorados el 315.

Llamó a la puerta discretamente y luego repitió al no obtener resultado. Iba a insistir con más fuer a cuando la manecilla giró y se abrió la puerta.

Parpadeó. No era Max Gordon, o en todo caso los aires saludables de Miami le habían embellecido sobremanera. Era morena, pero tenía clase. Había vivido siempre entre el lujo y la admiración de los demás, especialmente de los hombres. Evidentemente, la había arrancado de su intimidad, pues iba cubierta por un peinador que permitía adivinar mucho de su figura, tanto que cualquier investigación posterior resultaba innecesaria.

—Se supone que en un hotel como éste se paga el derecho a que no nos molesten.

—Perdón. —Stuart sonrió, afectado por la intensidad de la mirada femenina—, debe tratarse de un error, quizá. Un amigo mío...

—Si quiere trabar conocimiento con una mujer, ¿por qué no trata de ser más original?

—Le estoy diciendo la verdad, por eso debo parecerle tan estúpido. Acabo de llegar para entrevistarme con un amigo que reside en esta habitación; la 315 del hotel «Florida», y...

—¿Puede creerme si le digo que solamente yo resido aquí?

Aunque cortés, su acento era deliberadamente burlón y distante.

—Le ruego me disculpe y... ¿Puedo invitarla en alguna ocasión para disipar este mal efecto que le he causado?

Ella retrocedió y empezó a cerrar la puerta.

—En definitiva, sólo buscaba eso.

Prometían sus ojos y Stuart deseó besarla, pero ella sabía la fórmula para excitar la curiosidad y el interés de los hombres.

Cerró cuidadosamente y Stuart se pasó la mano por los ojos. Podía haberse equivocado de habitación o quizá el general Rómulo no le dio el número correcto.

Bajó a recepción y preguntó por Max Gordon.

El conserje negó suavemente después de mirar el registro.

—Lo siento, señor. No hay nadie con ese nombre en el hotel.

—¿Quizá se marchó?

—Perdón, debí decirle que ese nombre no figura en el libro. Posiblemente se aloje en otro hotel.

—Sí; es lo más probable. Muchas gracias —se retiró del mostrador, confuso por aquel hecho extraño. El error del general no podía llegar hasta el extremo de confundir el hotel. Recordó de pronto que tenía una fotografía de Gordon en su cartera y volvió sobre sus pasos—. De todas formas, quizá lo haya visto usted —añadió—, pudo venir a visitar a alguna persona.

Mostró la fotografía. El conserje le echó una ojeada y asintió:

—Pero su nombre es John Graham y se alojó aquí —el empleado parecía confuso—. ¿Por qué nombre le conoce usted, señor?

—Eso no importa ahora —estaba excitado ante la proximidad de la pista, como un buen sabueso—. ¿Dice que residió en el hotel?

—Hasta hace dos días, señor —miró el registro y comprobó la fecha de salida—. En efecto, vea la anotación que hice.

—¿A dónde se trasladó?

—Lo ignoro; no dejó ninguna dirección —especificó mostrando vacía la correspondiente casilla—. Recuerdo que envió a un mensajero a por su equipaje y canceló su cuenta con un cheque.

Aquello empezaba a sonar de una forma extraña.

—¿Y no vino él en persona?

—Llamó por teléfono y me explicó que había surgido la necesidad de un viaje rápido.

Guardó la fotografía y preparó unos billetes, como propina.

—¿Qué habitación ocupaba?

—La 315, señor.

—¿Está libre? —preguntó, sabiendo la respuesta.

—No, señor. La alquilamos pocas horas después de la marcha del señor Graham.

Stuart deslizó los billetes en la mano del conserje y éste sonrió, obsequioso.

—En cuanto quede libre le avisaré, señor, si le interesa.

—Gracias, aunque me conformaría con saber la identidad de la persona que la ocupa.

El empleado miró a su alrededor para comprobar que su

maniobra no era observada y volvió el registro hacia el detective, señalando un encasillado Butler lo grabó en su memoria:

«Margot Andrews, 26 años, nacida en Nueva Orleáns, Louisiana, soltera, domicilio en Nueva Orleáns, Fleet Street, 17, de profesión cantante».

Sonrió al conserje y murmuró una despedida. El rastro de Gordon se dispersaba tras la última llamada telefónica, y él debía encontrarlo para impedir que el general llevara a efecto la última parte de sus planes. Según los informes del general, Gordon tenía pasajes para el Brasil, pero la fecha de salida aún no había llegado. Sin embargo, Max se había esfumado, quizá al darse cuenta de que estaban sobre su pista.

Cruzó el *living* y compró un periódico en el mostrador destinado a ello. Echó una ojeada a los titulares encontrando las informaciones habituales: una nueva crisis, un atentado en no sabía dónde, el semanal incidente de la frontera berlinesa y una declaración de principios de quién sabía qué comisión de la ONU. Lo mejor era la colección de bellezas que aspiraban al título de «Miss Mundo». La fotografía merecía un atento estudio que Stuart dedicó, complacido.

Salió a la calle examinando críticamente a una vietnamita de cutis de porcelana. Aquello había barrido de su mente la coincidencia de nombres entre la ocupante de la habitación 315 y la de la voz que, junto con la de Gordon, había quedado grabada en la cinta magnetofónica del general Rómulo.

Pisó la calle y desvió la vista hacia la sueca, altiva y robusta como un vikingo, que posaba junto a la oriental. El contraste merecía ser apreciado, pero algo duro, inquietante, presionando su espalda le distrajo lo suficiente como para alzar la cabeza.

—Camine tranquilamente hacia ese coche, por favor.

CAPÍTULO III

Ladeó el rostro para mirar hacia atrás. Eran dos, impecablemente vestidos de blanco y con sendos sombreros tropicales. Sus rostros tostados no se mostraban amistosos en lo más mínimo, y uno de ellos, el situado a su izquierda, empuñaba dentro del bolsillo de la chaqueta una pistola de gran calibre.

—Aunque residio ahí dentro soy tan pobre como ustedes, amigos. Lo aviso por si luego se decepcionan.

—No gaste saliva, señor Butler.

Se inclinó para entrar dentro del largo coche negro.

—¿Conocen mi nombre? ¿Qué es lo que pretenden de mí?

—Charlaremos mejor en otro lugar. Vamos, Tony.

El aludido pasó detrás del volante y el que empuñaba la pistola continuó junto a Stuart, atento a sus movimientos. Cuando el coche se apartó del bordillo el de la pistola le cacheó rápidamente, en busca de armas escondidas, y cuando se percató de su ausencia pareció relajarse.

Butler entrecerró los ojos y pensó en lo ocurrido. Apenas unas horas después de haber llegado a Miami, y cuando aún no había salido del hotel, ya estaba en manos de los enemigos del general. Su servicio de información era excelente y se preguntó cómo podían haber descubierto tan rápidamente su identidad.

El coche rodaba a gran velocidad por el centro de Miami en dirección sur, hacia los cayos. No encontraba otra explicación a su rápida captura que un informe por parte del conserje. Sus preguntas a éste no habrían dejado de extrañarle, y si los agentes del presidente de Guayama estaban al acecho, lo demás se explicaba por sí solo.

—El conserje les avisó rápido, ¿eh?

—Estábamos al acecho —gruñó Tony.

Su compinche farfulló:

—Cállate.

Se reanudó el silencio. Miami había quedado atrás. Rodaban ahora por la playa, sobre una estrecha carretera útil sólo para los bañistas que gustaban de la soledad. No se veía a nadie por allí, ni siquiera edificios, a excepción de una vieja cabaña a la que se aproximaban.

Tony frenó al llegar ante la añeja construcción. No era posible que nadie viviera allí, y Stuart dedujo que la habían elegido como punto de reunión. Tony abrió la portezuela delantera.

—Ya está ahí Kramer.

—¿Eres estúpido? —Ladró el de la pistola—. ¿No sabes tener la lengua quieta?

Bajaron del vehículo y Stuart vio que detrás de la cabaña había otro coche, pero no pudo identificar la matrícula.

Tony empujó la puerta de la cabaña y entró. Butler le imitó, empujado por la pistola del otro agente. Había poca luz dentro, pero, aun así, vio a un individuo alto y delgado, con el cabello rubio y los ojos muy claros, casi transparentes. Había tanta crueldad en aquel rostro que sintió más inquietud que en compañía de sus dos raptos.

—¿Quién es? —preguntó, sibilante su voz.

—Vino esta mañana de Nueva York y preguntó por Gordon nada más llegar al hotel.

Cerraron la puerta. Kramer le estudió durante unos instantes y luego pidió:

—Vaciadle los bolsillos.

Stuart les permitió hacerlo, mansamente. Adoptar una actitud heroica hubiera sido una locura.

Kramer examinó minuciosamente sus objetos personales y se entretuvo especialmente en la cartera y en el carnet de notas. Apartó la fotografía de Max Gordon y dejó abierto el carnet en la página donde aparecía escrito el nombre y la dirección del general Rómulo.

—Bien —se volvió—. No creo que sirva de nada negar los hechos.

Stuart arqueó las cejas.

—¿Ha terminado la investigación?

—Ahora comienza, precisamente. Usted trabaja para el general.

—Y usted para el presidente Vargas, ¿me equivoco?

El de la pistola le soltó una bofetada que le hizo caer contra la pared. Stuart sorbió la sangre que manaba de la herida del labio y miró con expresión asesina al matón. Kramer alzó una octava su voz:

—¡Samuel! No di la orden... todavía.

El aludido se replegó sobre sí mismo, acobardado, y Stuart recobró el equilibrio, turbia la mirada por la cólera.

—Respóndame, Butler.

No valía la pena negarlo.

—Sí.

—¿Dónde está Max Gordon?

Solamente respondía con la verdad:

—No lo sé.

Los ojos grises tuvieron un súbito cambio de color.

—Deseo llevar este interrogatorio por cauces estrictamente correctos, Butler.

—Lo celebro... por mí mismo —miró a los dos pistoleros situados a ambos lados.

—Espero que siga comprendiéndolo hasta el final. Le pregunté dónde está Gordon.

—Oiga, Kramer. Sus dos chicos pueden decirle, que yo mismo pregunté por él en el hotel, nada más llegar. Y me llevé una sorpresa: allí no figuraba con ese nombre.

—Cierto; se hacía pasar por John Graham.

—Confío en que acabaremos entendiéndonos —se apartó de los pistoleros y se acercó a la mesa donde estaban sus efectos personales, con toda indiferencia. Cogió el paquete de cigarrillos, eligió uno y ofreció a Kramer, situado junto a él. Ante la negativa del agente de Guayama, encendió su cigarrillo y lanzó una larga bocanada de humo—. Me agradecería que usted me ilustrase sobre lo ocurrido, Kramer.

—No está en condiciones de hacer alardes como éste, Butler —silbó el aludido—. No olvide su situación.

—Oh, sí; usted quiere saber el paradero de Gordon y a mí me ocurre lo mismo. Creo, además, que los dos vamos detrás de lo mismo: un bonito millón de dólares en billetes pequeños, imposibles de controlar.

—¿A qué ha venido a Miami?

—Ya se lo he dicho. Me envía el general.

—¿Con qué fin?

—Él piensa que Gordon es un traidor. Le confió el dinero y, al parecer, Gordon ha concebido la fructífera idea de apropiárselo.

Kramer parpadeó.

—¿Me dice la verdad?

—Seguro. ¿Por qué cree que estoy aquí?

—¿Va a matar a Gordon cuando lo encuentre?

Stuart sacudió la ceniza del cigarrillo.

—Gordon es mi amigo; sólo me interesa el dinero.

Samuel se acercó a ellos.

—¡Está mintiendo! ¿Es que no lo nota? ¡Nos está colocando un cuento chino! ¡Deje que yo le interroque y verá la cantidad de información que le saco!

Butler chasqueó la lengua contra el paladar, repetidas veces, en tono de reconvención.

—Mal asunto, Kramer, si deja que sus chicos se le suban a las barbas. Las complicaciones empiezan así y terminan un buen día en que el presidente Vargas, por ejemplo, decide confiar más en Samuel que en Kramer.

Los dientes del rubio rechinaron y Samuel achicó los ojillos porcinos. Levantó el puño para golpear a Butler, pero Kramer le alcanzó antes en plena boca, furioso por las palabras del muchacho y por lo que suponía de insubordinación las palabras del pistolero.

Éste cayó hacia atrás, soltando la pistola y Stuart, antes de que Kramer midiera el alcance de su acción se abalanzó sobre el rubio. Demasiado tarde comprendió el error cometido, pero el puño de Butler le cortó toda posibilidad de lamentarse.

Chasqueó el puño contra la barbilla y los dientes crujieron de una manera escalofriante. Tony saltó sobre él, rugiendo, pero Butler se desembarazó de él volteándolo por encima de la cabeza y arrojándolo contra una de las paredes.

Samuel estalló en maldiciones, pero no llegó a alcanzar la pistola. El tacón del muchacho le machacó la mano rudamente y el alarido del pistolero ahogó el chasquido de los huesos al quebrarse.

Por el rabillo del ojo vio que Kramer buscaba una pistola en el sobaco y se inclinó, rápido.

Aferró el arma de Samuel y disparó sin vacilaciones. Kramer saltó hacia atrás, alcanzado en un hombro, y el estampido tuvo la virtud de inmovilizar un movimiento idéntico de Tony.

Alzó éste las manos, desesperadamente hacia el techo. Stuart le quitó la pistola y luego sacó también el arma de la funda sobaquera de Kramer.



Funcionó el arma

Miró al terceto de agentes de Guayama. Tenían un aspecto miserable en aquel instante. La arrogancia de Kramer había desaparecido con el lacerante dolor del plomo en su carne. Samuel solo pensaba en acariciarse la contorsionada mano que empezaba a amoratarse y Tony, mejor librado que ninguno, entonaba plegarias

mentalmente para no atraer las iras del violento neoyorquino.

—Bien, amigos, creo que la conversación puede continuar ahora. Sólo que yo manejaré la batuta, ¿de acuerdo?

—Lo ha estropeado todo —farfulló Kramer—. La próxima vez le mataremos.

—Quizá no habrá próxima vez... porque quizá decida apretar el gatillo.

Las facciones del herido quedaron blancas como el papel y los ojos de Tony giraron en sus órbitas, enloquecidamente.

—¿Quién les dijo que Gordon traía el dinero?

Balanceó la pistola. El negro ojo del arma y el olor a pólvora quemada ponía inquietud en los tres agentes.

—Tenemos nuestro servicio de información.

—¿Hay algún traidor cerca del general Rómulo?

—Creo que sí.

—¿Quién?

—Lo ignoro. Las informaciones nos llegan desde el palacio presidencial de Guayama.

Parecía cierto.

—¿Siguiéron todos los pasos de Gordon desde que llegó a Miami?

—Vinimos tras él desde Chicago, donde se entrevistó con un enlace para la compra de las armas.

—¿Qué amigos tiene Gordon en Miami?

—Ninguno, al parecer.

—¿Y esa chica, Margot?

Kramer se apretaba la herida por donde manaba sangre.

—Es agente nuestro.

—Entiendo. ¿Qué hace en la misma habitación de Gordon?

—Era el mejor medio para buscar alguna pista: alguien acudiría, quizá alguna llamada, o incluso Gordon pudo dejar algo en ella.

—¿Ha habido resultados?

—Únicamente usted.

—¿Quiénes forman el grupo de ustedes en Miami?

—Sólo nosotros.

—¿Cómo pudo escapárseles Gordon de entre las manos?

—Un buen día desapareció, aprovechando la noche.

—¿Y el equipaje que mandó a buscar después?

—Lo interceptamos, pero allí no estaba el dinero.

—¿Dónde lo tienen?

—Lo dejamos marchar y siguió su curso. Gordon utilizó los servicios de una compañía dedicada al envío de mensajes y a la custodia de objetos personales y equipajes. La «Mercury Association». ¡Me estoy desangrando, maldito sea!

Stuart abrió la puerta y echó una ojeada a los pistoleros.

—Siento tener que abandonarles aquí, amigos. Ustedes se lo buscaron.

Cerró tras sí y rodeó la cabaña. Disparó contra los neumáticos delanteros del coche de Kramer y montó en el negro sedán que le había llevado hasta allí.

Al arrancar, el motor emitió un rugido victorioso y burlón.

CAPÍTULO IV

Abandonó el coche negro en una calleja y tomó un taxi que le llevó al hotel. Directamente subió al piso tercero y llamó a la puerta de la habitación 315.

Una doncella acudió a su llamada. Stuart vaciló al ver el uniforme de la empleada del hotel.

—¿La señorita Andrews?

La doncella, una morenita pizpireta, sonrió cómo había visto hacerlo en el cine.

—Ya no está. Se marchó.

El detective quedó perplejo.

—¿Quiere decir que abandonó el hotel?

—Exactamente, señor. Aún no hace una hora. Seguramente podrán darle mejores informaciones en la Dirección, señor. Y ahora, si me disculpa, debo dejar en orden todo esto...

Butler entró en su cuarto para curarse la herida del labio. Su cabeza era un torbellino de ideas. Todo sucedía a una velocidad endiablada, precisamente en un clima que invitaba a la vida muelle y a la holganza, por eso había sido elegido por los millonarios de medio mundo para consumir sus rentas.

Cerró la puerta a su espalda y se despojó de la chaqueta que arrojó en un sillón.

—Un clima caluroso, ¿verdad?

Prácticamente saltó al escuchar la voz burlona que surgía del rincón más oscuro del salón.

Se volvió hacia allí. Cómodamente sentado, con las piernas cruzadas y fumando un largo cigarrillo, le aguardaba un individuo alto, moreno y con porte de deportista distinguido. Había elegido aquel lugar porque de allí brotaba el aire acondicionado.

—¿Ya ha dado Kramer la alarma? —preguntó tratando de calcular cuánto le costaría llegar a su chaqueta y sacar la pistola de

Samuel que conservaba todavía.

El otro le miró burlón.

—¿Kramer? ¿Qué es lo que se imagina, Butler?

—Lo más lógico: ha venido para vengar a sus amigos, ¿quizá no le gusta hablar claramente de las cosas?

—Me encanta, pero no me envía Kramer ni tengo nada que ver con él se incorporó y fue a su encuentro con la mano tendida. —Soy Will Costello, representante del general aquí, en Miami.

Stuart exhaló un suspiro.

—Nunca me alegró tanto una noticia.

Se estrecharon las manos.

—¿Qué le ha ocurrido con Kramer? Le conozco bien.

—¿Ve esta herida del labio? Me la ha producido hace menos de una hora un tal Samuel. Me raptaron él y Tony a la salida del hotel y me condujeron a una cabaña de la playa, al sur, donde me aguardaba Kramer.

—Un tipo peligroso. ¿Qué es lo que pretendían?

—Que les dijera el paradero de Max Gordon.

—Usted no se lo diría.

—No me era posible: lo ignoro yo mismo.

—Es cierto. Pero... ¿Ya conocen ellos el asunto?

—Por completo; incluso mejor que yo. Saben que existe un millón de dólares y que Gordon ha sabido retirarse de la circulación muy bien. Como quiera que yo pregunté por Max aquí, en el hotel, ellos decidieron raptarme por si yo podía ponerles sobre la buena pista.

—Esto se complica: temo que no le guste al general.

—¿Qué puedo hacer yo? Debería vigilar él mejor a la gente que le rodea. Por lo que he podido deducir, entre sus filas hay un traidor que informa directamente al presidente Vargas. Todo lo que atañe al general, incluso el menú que consume, deben saberlo en Guayama a los pocos minutos de producirse.

Costeño arrugó el entrecejo.

—¿Está seguro?

—Kramer lo admitió.

El representante del general le miró con actitud crítica.

—¿Cómo se mostró Kramer tan explícito? Y, sobre todo, ¿qué ocurrió para que le dejara marchar a usted? Lo más lógico es que le

hubieran pegado un tiro allí mismo.

—Lo dice usted como si lo lamentara.

—Encuentro sospechoso lo ocurrido, no voy a ocultárselo.

—¿Va a pensar que me he puesto de acuerdo con Kramer para repartirnos el botín?

Costello endureció sus facciones.

—Éste es un asunto serio, Butler, espero que lo comprenda. Jugamos una partida en la que a uno de los dos bandos le aguarda la muerte al final. Por eso no podemos permitirnos ser sentimentales durante los preparativos.

Stuart apretó los puños.

—Escuche bien esto, Costello: Empiezo a cansarme de que todos me rocíen con similares advertencias y, sobre todo, me irritan las amenazas. Yo juego honradamente y trabajo para el general, no por simpatías políticas que no me atañen los asuntos internos de Guayama ni por ambición, pues no voy a sacar un centavo de la aventura, sino porque está en entredicho el nombre de un amigo y, sobre todo, porque el general me amenazó de muerte si no rescataba el dinero. Los hombres de Kramer me raptaron a las pocas horas de llegar y me zarandearon sin consideraciones, y ahora me viene usted con imposiciones. No se las voy a tolerar, Costello. Cumpliré mi papel y me largaré de aquí cuanto antes, ¿comprendido?

—Vuelvo a repetirle que no está en condiciones de...

—¡Y yo le recuerdo una vez más que no me gusta que me manejen con látigo! —chilló Butler, ahogando la voz de Costello—. Si ha de trabajar a mi lado, trate de colaborar y si no piensa hacerlo, mejor será que se largue. Y puede empezar a desalojar la habitación.

Will Costello había empalidecido por la rudeza del detective. Durante unos segundos se miraron con fiereza, a punto de llegar a las manos, pero Costello debió pensar que no conducía a nada cambiar unos puñetazos, sin duda porque la musculatura de Butler parecía demasiado potente bajo su camisa.

—Todavía no me ha dicho qué ocurrió para que Kramer le dejara ir.

—Algo elemental: no pudo impedirlo. La bala en su hombro le amansó bastante y Samuel poco podía hacer con la mano rota. En

cambio, Tony es un cobarde y en cuanto vio la pistola en mi mano se puso a temblar. Y ahora corra a contárselo al general, pero recuerde: soy un lobo solitario con los dientes bien afilados.

Durante un largo minuto Will Costello sostuvo su enfurecida mirada. Luego dio media vuelta y sin una palabra de despedida abandonó la habitación.

Stuart permaneció rígido unos instantes todavía y luego, poco a poco, se relajó. El agua fría le despejó bastante y cuando bajó al *hall* del hotel era de nuevo el hombre sin nervios, frío y metódico en la búsqueda de pistas.

El mismo conserje continuaba en su puesto. Al ver su expresión, el empleado se puso nervioso y de pronto pareció faltarle la saliva.

—Sus amigos fueron muy cordiales conmigo... —Silabeó Stuart duramente.

—Yo... señor... no les conocía... Estoy aquí para dar informes y...

—Estuvieron a punto de matarme. Quiero creer en su inocencia porque de otra manera usted iba a tener demasiados conflictos.

—¡Le juro, señor, que sólo quise ganarme una propina...!

—A veces el amor excesivo al dinero lleva a la gente a sitios muy siniestros: la cárcel o... una tumba.

El conserje estaba a punto de llorar. Butler comprendió que no había habido mala fe en él y sintió lástima.

—Me han dicho que se marchó la señorita Andrews.

—Oh, sí señor. Poco después de salir usted. Y lo siento sinceramente: no dejó señas. De verdad quisiera ayudarle, señor.

—Demuéstremelo en la próxima ocasión.

A la misma puerta del hotel paró un taxi que le condujo a la sede de la «Mercury Association». Preguntó por el gerente y cuando se encontró ante él le mostro su licencia de investigador privado.

—He sabido que ustedes tienen en custodia el equipaje de John Graham.

—Tendría que consultar nuestro fichero para asegurarlo —respondió el gerente, un hombrecillo pulido y minucioso.

Stuart no se desalentó por aquella respuesta que a nada comprometía.

—Graham trabaja para mí, en mi oficina de Nueva York, e ignoro su paradero actual. Su último domicilio fue el hotel

«Florida», pero ya no reside allí. Sin duda, en su equipaje encontraré datos que me permitan deducir su domicilio actual. Es muy urgente. Incluso ustedes pueden tener ese dato.

El gerente entrelazó los dedos delante de sus labios y clavó su mirada en Butler.

—Hay algo que no va bien en este asunto, señor Butler. El mensajero que enviamos al hotel en busca de ese equipaje fue interceptado en el viaje de regreso y unos individuos interceptaron las maletas del señor Gordon en presencia de nuestro empleado. Esos individuos no sustrajeron nada del equipo y por ello no di parte a la policía, confiando en que el señor Gordon comunicaría conmigo inmediatamente y podría consultarle. Pero no ha sido así. No he vuelto a saber nada del señor Gordon... y ahora aparece usted.

—¿Duda de que soy el jefe de Max Gordon?

—No tengo elementos de juicio, pero no le permitiré el acceso al equipaje a menos que traiga una orden judicial.

El hombrecillo se mostraba duro.

—Eso me retrasaría demasiado y...

—Lo siento. La «Mercury Association» es una empresa con solera y prestigio: no puedo destruir la confianza que nuestros clientes tienen en nosotros.

Hablaba con el tono engolado que emplearía al rendir el informe de la Sociedad ante la Asamblea General de Accionistas.

—Al menos podrá decirme dónde contrató Max Gordon los servicios de la «Mercury».

—Yo mismo hablé personalmente con él.

—¿Aquí?

—Por teléfono.

—¿No firmó ningún contrato?

—Dijo que pasaría para ultimar ese detalle.

—Y no lo ha hecho.

—No; otra circunstancia extraña, ¿no cree?

Stuart pensaba en algo que le había dicho el conserje del hotel.

—Sin embargo, el mensajero de ustedes abonó en el hotel la cuenta de mi empleado. ¿Dónde obtuvieron el cheque?

—Nos llegó con un mensajero: me lo anunció el señor Gordon por teléfono.

—¿Otro mensajero?

Gordon debía temer demasiado por su seguridad para adoptar tantas precauciones. No era extraño, sabiendo que los secuaces del presidente Vargas y del general Rómulo andaban tras la pista del millón.

—De la «Expres Agencia». Eso es todo cuanto sé.

Butler se despidió distraídamente del gerente y salió al sol del mediodía. Donde quiera que estuviera Gordon podía asegurar que era un lugar escondido, dadas las precauciones que había tomado para esfumarse. Max era un hombre experto y no iba a ser fácil hallarlo. Las consecuencias de esto sólo podían ser perjudiciales para Gordon... e incluso para él mismo.

Se enjugó el sudor de la frente y en oro taxi llegó a la «Expres Agency». Se vio obligado a dar muchas explicaciones y repetir varias veces la misma historia antes de tener delante al mensajero que había recogido el cheque de Max.

Era un muchacho cuyo rostro estaba cubierto de pecas, pero en el que brillaban un par de ojos extraordinariamente expresivos.

—Vamos a ver si me ayudas en un asunto extraordinariamente importante. Soy detective, ¿sabes?, y de tu declaración depende que pueda resolver mi problema.

Los ojos del mensajero se agrandaron hasta el límite. Las novelas policiacas leídas hervían dentro de su cabeza haciéndolo sentirse héroe de una de ellas.

—Pregúnteme, señor, tengo buena memoria.

—Eso espero, hijo. La semana pasada llevaste un sobre a la «Mercury Association» que te entregó un empleado mío, John Graham, ¿recuerdas?

Por la expresión de la mirada comprendió que la respuesta sería afirmativa.

—Desde luego, señor. Me dijo que tuviera cuidado porque contenía un cheque y me dio cinco dólares de propina.

—Excelente. ¿Dónde estaba él cuando te lo dio?

—Fui a buscarle al «Coral», un club del centro. Me aguardaba en la puerta y al verme el uniforme me llamó.

—Y tú lo llevaste acto seguido a la «Mercury».

—¡Naturalmente, señor!

—Gracias, hijo. Toma, cómprate algo que te guste —y le dio

cinco dólares.

Cuando salió a la calle estaba más confuso que al llegar a Miami.

CAPÍTULO V

Al entrar en el hotel fue a su encuentro un individuo pulido y severamente vestido de oscuro que Stuart intuyó se trataba de un alto empleado del hotel. Por la forma de abordarle, no tuvo la menor duda. Sus palabras primeras lo confirmaron:

—Soy el gerente del hotel, señor Butler. ¿Puedo pedirle que me conceda unos minutos?

—¿Algo grave?

—No, pero sí... enojoso.

—¿He vulnerado alguna de las reglas del establecimiento?

—Oh, no, no —se deshizo en zalemas—. Al contrario. Nos sentimos muy honrados con su elección, pero... ¿quizá no le importaría pasar a mi despacho?

Receloso, Stuart accedió. Una vez a solas, el gerente continuó con sus almibaradas frases hasta que Butler le apremió:

—¿Cuál es el asunto?

—Verá; se trata de la persona por la que usted se interesó esta mañana, el caballero que ocupó la habitación 315.

—¿Max Gordon?

—Creo que en nuestros registros figuraba con el nombre de John Graham.

—Es verdad; lo había olvidado. ¿Ha tenido alguna noticia de él?

—No; es decir... sí. Pero algo desagradable.

Tiró del cajón central de su escritorio y sacó un papel oblongo, de color verdoso.

—Abonó la cuenta con un cheque... Doscientos setenta y cinco dólares en total. Hasta hoy no lo enviamos al banco para hacerlo efectivo y... ¿sabe cuál ha sido la respuesta?

—¿No había fondos?

—Algo peor, supongo: la firma es falsa.

El detective inclinó el torso hacia adelante y alargó la mano para

coger el cheque. Lo examinó atentamente. No estaba firmado por Max sino por John Graham, de acuerdo con la personalidad que él se había creado. Pero, aun así, aquel nombre no había sido trazado por la mano de Max. Conocía muy bien su letra y tenía la suficiente experiencia en grafología para dictaminar si Max había escrito aquel nombre o no.

—¿Hay una cuenta a este nombre?

—Lo he comprobado: el saldo llega casi a los quinientos dólares, pero el banco se ha negado a hacer efectivo el cheque porque la firma no coincide con la que figura en su Registro. ¡Qué asunto tan enojoso! —terminó.

Evidentemente, Max no había escrito aquella firma. Max enlazaba las letras de dos en dos, formando prácticamente sílabas, y aquella firma había sido escrita con un trazo continuo.

Pero, si no había sido firmado el cheque por Max, ¿quién lo había hecho? Y, sobre todo, ¿por qué?

La respuesta brotó instantánea, pero Butler la rechazó, relegándola al fondo de su consciencia. No era posible.

—¿Por qué me dice todo esto?

—Usted es su amigo, ¿no?

—Sí.

—He pensado que posiblemente usted podría... localizarle y hacerle saber lo ocurrido. Es una cantidad importante y yo debo presentar cuentas a mis superiores. Temo que debería acudir a la policía, caso de que no se resolviese esto de un modo... digamos correcto.

Si la policía interviniese tendría que dar demasiadas explicaciones y no era difícil suponer que el general Rómulo montaría en cólera.

—Le ruego no haga nada; yo solucionaré su problema, tenga confianza.

—Oh, no sabe cuánto se lo agradezco. Estaba seguro de que usted...

—Deme el cheque y yo lo cambiaré por otro correcto. Adiós.

Abandonó la gerencia antes de soportar las muestras de gratitud de aquel empalagoso personaje.

El director del banco le miró por encima de los lentes con montura de oro y luego echó una ojeada a la ficha que tenía ante sí,

sobre el vade rojo de cuero.

—John Graham, sí —asintió con voz nasal. Se le notaba enojado por un detalle que rompía la habitual monotonía de su establecimiento—. Aquí está la ficha de su cuenta y su firma: pero no coincide con la del cheque presentado por el hotel «Florida». ¿De dónde lo sacarían? Debí haber llamado a la policía.

Stuart tabaleó sobre la superficie brillante de la mesa, acumulando paciencia.

—Le aseguro que no es preciso. Situaciones como ésta se crean a veces en nuestra profesión.

El director lo miró como si de pronto hubiera encontrado un pez tropical en su vaso de *whisky*.

—Soy detective —puntualizó Butler—, y Graham trabaja para mí, aunque no es ése su verdadero nombre. A veces nos vemos obligados a obrar un poco al margen de los usos habituales, especialmente...

—Hay algo muy serio, señor Butler —le atajó severo el director, disparadas sus cejas hacia lo alto de la cabeza—, con lo que nadie puede jugar, ni aun tratándose de unos detectives. Ese algo es la solidez de un banco, y un cheque falso atenta contra esa solidez. ¿Me ha comprendido?

—Creo que sí. Y estoy de acuerdo con usted —añadió, irónico—. Lo que yo deseo tanto como usted es averiguar qué ha sucedido en realidad. Mi empleado no haría nunca una cosa así, máxime disponiendo de fondos en su cuenta.

El argumento hizo vacilar al director.

—¿Qué explicación le ha dado su... empleado?

—No he podido hallarlo: trato de encontrar su pista. Como puede usted ver, mi detective tiene saldo favorable, de modo que no intentó defraudarle.

—Eso es cierto. Pero ¿por qué extendió este cheque con otra firma? —De pronto pareció haber comprendido y las cejas le cayeron encima de los lentes—. ¡Entiendo! Usted dijo antes que ése no es su verdadero nombre. Supongo que lo que ha ocurrido es que olvidó la firma que estampó en esta ficha y trazó otra en el cheque...

—Temo que no. Conozco bien la letra de mi empleado y puedo asegurar que él no firmó el cheque. ¿Podría hablar con el empleado

que le atendió al abrir la cuenta?

—Supongo que sí. Veamos —miró el documento y deletreó la firma del empleado—. Creo que fue Saunders.

Pulsó el teléfono y dio orden de que el tal Saunders se personara en su despacho, pero al otro lado del aparato le respondieron que estaba de vacaciones.

—Lo siento, señor Butler.

Stuart se despidió y abandonó el banco. Había podido ver la firma que Max había estampado en la ficha con la personalidad de John Graham y efectivamente había sido trazada por él. Pero no coincidía con la del cheque.

La deducción era fácil: alguien le había suplantado. La razón no se veía a simple vista, a menos que...

Se pasó la mano por la frente. La única consecuencia directa de aquel cheque falso era liquidar la cuenta de Max en el hotel y... recuperar el equipaje. Lo primero suponía que Gordon no estaba en condiciones de volver a sus actividades normales y lo segundo que alguien deseaba apoderarse de las maletas de Max.

Butler buscó un taxi con la mirada. Debía actuar pronto y hallar el rastro de Max, si deseaba llegar a tiempo de evitar de que algo grave le ocurriese.

Por fin encontró un taxi libre y no sin inquietud entró en él. Conocía las reglas de aquel juego: la vida humana valía menos que la bala capaz de segarla. Nadie de los que intervenían en tales asuntos vacilaban a la hora de eliminar enemigos o testigos peligrosos. El espionaje trabajaba sobre aquella inhumana y cruel. Stuart sabía que ninguno de los que participaban en aquella lucha se detendría por consideraciones de orden moral, máxime si andaba de por medio un maletín lleno de billetes por valor de un millón.

Abonó la carrera al llegar ante la «Expres Agency» y aguardó bajo la sombra de unas palmeras, en la acera. Un muchacho pasó voceando la edición vespertina de un periódico y lo compró por distraer la espera. Miró los titulares, pero no acertó a leerlos. Venían a decir más o menos lo mismo que por la mañana, y no era cosa de distraerse con ellos. Tenía mucha más importancia la puerta principal de la «Expres Agency».

Después de media hora de espera, vio que salía el mismo muchacho al que interrogara por la mañana. Su rostro cubierto de

pecas relucía al sol con un tono rojizo. Butler aguardó a que estuviera cerca y entonces bajó el periódico tras el que se ocultaba.

—¿Puedes dedicarme un minuto?

El jovenzuelo se detuvo en seco y abrió ojos como platos.

—Oh, ¡usted! ¡Usted me estaba aguardando aquí, disimuladamente, como en las películas de espionaje...!

Parecía realmente encantado de vivir una aventura tan excitante.

—Algo así, hijo. ¿Tú recuerdas bien a la persona por la que te interrogué esta mañana?

—Por supuesto que sí.

—Bien, ¿puedes reconocer a aquel hombre? ¿Es éste?

Le mostró la foto de Gordon, pero el muchacho no tuvo necesidad de echarle más que una ojeada.

—Oh, no, ¡no!

—¿Estás seguro?

—Pues claro que lo estoy. Tengo buenos ojos. Mamá me dice: «Sandy, eres capaz de ver un negro en una mina de carbón a oscuras...»

Butler guardó la foto.

—¿Cómo era aquel hombre que te entregó el cheque, Sandy?

—Alto, como usted, con bigote negro, grandes gafas negras también y un sombrero calado hasta las cejas... —Fue perdiendo impulso en la descripción hasta que se detuvo. Luego, alarmado, exclamó: —¡Ahora veo! ¡Ese hombre era un impostor y por eso se enmascaró detrás del bigote y las gafas...!

El detective asintió.

—Creo que sí. Otra vez, gracias, Sandy —y le dio un nuevo billete.

El muchacho parpadeó admirado e iba a decir algo, pero Stuart ya estaba lejos, a la busca de un taxi.

Una vez que hubo frenado, el taxista se volvió hacia Stuart y señaló la fachada del hotel «Cinco Estrellas».

—¿Le parece bien éste? —preguntó.

Desde el coche, el hotel ofrecía un aspecto atractivo. Quizá no era tan lujoso como el «Florida», pero serviría para lo que proyectaba.

—Muchas gracias; creo que me quedará aquí.

Pagó la carrera y entró en el *hall*. En recepción solicitó alojamiento.

—Desearía una habitación alta, a ser posible: me molestan los ruidos del tráfico.

No pensaba solamente en eso sino en hacer economías. Conforme subía el ascensor bajaban los precios de las habitaciones.

—Creo que tenemos lo que usted desea, señor. Por favor, firme el Registro.

Lo hizo y el empleado echó una ojeada al nombre.

—¿Su equipaje, señor Graham?

—Oh, es cierto. Lo traerán inmediatamente.

El conserje buscó su sonrisa más cordial.

—En ese caso, es costumbre...

—Comprendo; no se preocupe. Un anticipo, ¿verdad? ¿Bastará una semana?

—¡Por supuesto!

Extendió un recibo que firmó y Stuart abonó el importe.

—Muchas gracias, señor.

Llamó a un botones al que entregó la llave y un instante después se encontraba en la habitación.

Era dormitorio y cuarto de estar a un tiempo. Por fortuna disponía de baño, pero Butler suponía que no debería utilizarla en absoluto.

Descolgó el auricular y pidió línea. Una vez escuchó la señal de marcar, marcó el número de la «Mercury Association».

—Habla John Graham —dijo cuando obtuvo comunicación—. Hace varios días les encargué recogieran mi equipaje del hotel «Florida» y lo guardaran en sus almacenes. He estado de viaje y acabo de regresar. Por favor, ¿podrían enviármelo inmediatamente?

Al otro lado hubo, una vacilación.

—Aguarde un momento, por favor.

Pasaron dos minutos antes de que llegara hasta él la voz del gerente.

—¿Es usted John Graham? —preguntó cautamente.

—Al aparato. ¿Con quién hablo? —preguntó disimulando su voz para que no fuera reconocida por el gerente, aunque era poco probable.

—Soy Albert Trenton, el gerente de la Compañía. Tengo

entendido que ha pedido usted su equipaje.

—Así es. ¿Ocurre algo anormal? Me parece advertir en ustedes ciertas... vacilaciones.

—Oh, no, no —respondió intimidado por el tono brusco—. Aunque en cierto modo...

—¿Qué quiere decir? ¿Tienen ustedes o no mi equipaje?

—¡Sin duda, señor! Es que... hubo una anomalía. Alguien interceptó a nuestro mensajero y... registró las maletas.

—¿Cómo dice? —rugió siguiendo con su papel—. ¿No ha llamado a la policía?

—Es que... aguardé a que usted regresara, señor. No lo hice porque mi empleado afirma que no robaron nada: fue un simple registro.

—¡Fue un abuso y ustedes unos incompetentes por tolerarlo! ¡Esto le va a costar caro, Trenton! ¡Soy una persona muy influyente y no voy a tolerar una cosa semejante! ¡Suponía que la «Mercury Agency» merecía un crédito indudable, pero veo que me he equivocado! Mañana los periódicos hablarán de esto.

—¡Señor Graham! —lloriqueó el gerente—. Por favor, se lo suplico, no haga una cosa así... Equivaldría a mi ruina... Me expulsarían... ¡Por favor! Estoy dispuesto a indemnizarle...

—¡No necesito indemnización alguna, Trenton! ¡Lo único que deseo es mi equipaje, ahora mismo!

—Se lo enviaré inmediatamente.

—Estoy en el hotel «Cinco Estrellas». ¡Ah! Y mándeme toda esa historia del contrato por firmar y los documentos que usted quiera.

—Señor Graham... ¿Verdad que no actuará contra mí?

—Quizá no lo haga: depende de lo que tarden en traerme ese equipaje.

Colgó. Se apartó del aparato y entró en el baño. Había representado muy bien su papel y se premió con una sonrisa que le devolvió el espejo. Pero un segundo después la sonrisa se trocó en mueca. Seguía sin hallar a Max Gordon y por lo que podía deducir alguien se había encargado de quitarle de la circulación.

Se bañó para quitarse el calor y cuando terminaba de vestirse oyó que llamaban a la puerta.

La abrió. Un mozo y un empleado de la «Mercury Association» estaba allí, con dos maletas. Stuart les permitió la entrada y recogió

los papeles que le tendía el empleado. Los leyó. Eran la orden inicial para retirar el equipaje del hotel «Florida» que Max no había firmado y el recibo de que estaba conforme con el servicio y encontraba intacto el equipaje. Pagó la factura y dio una propina a cada uno de los empleados que, murmurando unas frases de agradecimiento, salieron de la habitación y dejaron sólo a Stuart.

Cerró éste la puerta con pestillo y miró las maletas. Eran de piel clara, bastante usadas. Naturalmente, estaban cerradas, pero dentro del sobre con los documentos duplicados de la gestión de la «Mercury Association» estaban las llaves.

Las abrió. Había muy poca ropa en ellas y de mala calidad. Perplejo, Stuart se quedó mirando el contenido de las mismas. Era increíble. Max Gordon, siempre pulcro en el vestir, no podía haber utilizado aquel tipo de prendas. Las tocó, extrañado. Varias camisas y pijamas tenían todavía el apresto de nuevas.

Aquello sonaba a falso por los cuatro costados, no había ningún documento, carta o papel. Nada que permitiera deducir algo del propietario de las maletas. Sacó no obstante la ropa y en el fondo de una de las maletas vio un estuche de aseo con pasta dentífrica, jabón de tocador, crema para el afeitado y una navaja de afeitar, además de las correspondientes lociones.

El detective miró por unos instantes aquel botín. No; aquellas maletas no pertenecían a Max Gordon. Él usaba siempre una rasuradora eléctrica porque su cutis excesivamente delicado sangraba con la navaja o las cuchillas de afeitar. Además, era exquisito en sus lociones y aquellos frascos resultaban detonantes en su maleta, lo mismo que las camisas baratas.

No había encontrado nada que le permitiera localizar a Gordon, pero sí había llegado a una conclusión bien dolorosa: Max estaba en peligro, si no había muerto ya. Alguien le había suplantado para hacer que retirasen el equipaje del hotel... pero no se había molestado en recogerlo. ¿Por qué había hecho algo aparentemente tan sin sentido? Stuart cerró los ojos concentrándose en los hechos descubiertos hasta entonces. ¿Quién era el desconocido que adoptó la personalidad de Gordon —o Graham— tras unas gafas oscuras y un bigote evidentemente falso? No podía responder a esa pregunta, pero sí estaba dispuesto a apostar que ese desconocido iba tras el millón de dólares.

¿Pensaba que estaba en el equipaje de Max?, y si era así, ¿por qué no se apresuró a hacerse cargo de él?

Por un momento pensó que en la «Mercury Association» podían haberse confundido de maletas y eso constituyó un rayo de luz en sus oscuras deducciones. Con la esperanza de que se tratara de un error miró las etiquetas adosadas a las maletas. Una pertenecía al hotel «Florida» y otra a la «Mercury Association» con el nombre de John Graham claramente escrito en el casillero correspondiente, además de un número, sin duda para su clasificación en el almacén.

No había confusión alguna: aquéllas eran las maletas de Max... o las que en el hotel entregaron como tales. Pero subsistía la pregunta primitiva, ¿por qué el suplantador de Max había hecho sacar las maletas del hotel si no le interesaban?

Debía tener algún motivo quien gastó dinero en algo tan aparentemente falto de lógica.

Sí; un motivo. ¿Quizá distraer la atención de alguien?

Se dio una palmada en la frente. ¡Eso era!

Recordaba que los secuaces de Kramer habían interceptado el equipaje que ellos creían de Max, en busca del millón, y no encontraron nada. ¿Cómo no se habría dado cuenta antes? Había sido una habilísima maniobra por parte de aquel desconocido que había sustituido a Gordon: era la única forma de librarse de la vigilancia de los agentes del presidente Vargas. Eso le llevaba a la conclusión de que el desconocido podía entrar fácilmente en el hotel «Florida» para hacer la sustitución del equipaje y, también, que una vez libre de la vigilancia de los agentes de Guayama debió resultarle fácil llevarse el equipaje de Gordon.

¿El millón de dólares también?

Sintió un escalofrío en la espalda, pese al calor. Si eso era cierto el general Rómulo podía encolerizarse hasta límites nunca sospechados y Butler sabía muy bien cómo se comportaba el viejo político en aquellas ocasiones.

Cerró las maletas, dejó las llaves en las cerraduras, y abandonó la habitación. Avisó en recepción que podía darse el caso de salir imprevistamente de viaje pero que le reservasen la habitación durante la semana que había pagado por adelantado.

—Si pasado ese plazo no he regresado, saquen mi equipaje y guárdenlo hasta mi regreso.

—Así lo haremos, señor —sonrió el empleado.

Una vez en la calle paseó lentamente. Atardecía y en su cabeza danzaban las ideas, obsesivamente. Encendió un cigarrillo que tiró a los pocos pasos. Tenía sed, estaba hambriento y se hallaba fatigado, pero la idea de que a Max le había sucedido un percance grave le trastornaba.

Al llegar frente al hotel «Florida», y mientras aguardaba el cambio de luces del semáforo, se preguntó si no sería todo una treta del propio Max para hacer pensar a sus seguidores aquello mismo que él había deducido: que le habían secuestrado e incluso asesinado para robarle. Mirando el problema desde ese ángulo, se le daría tiempo a Max para evaporarse en cualquier país del mundo, en cualquier continente, donde con un millón de dólares podrían obrarse milagros.

Seca la boca, entró en el hotel. Si Max había decidido prescindir de la ética profesional tenía recursos sobrados para idear un plan tan complicado —y tan efectivo, por lo sutil— como aquél. Únicamente había algo que desentonaba, algo que no encajaba en los planes de su empleado, ese algo tenía nombre de mujer y valía la pena de tenerlo en cuenta. Max parecía terriblemente encaprichado de Margot y no era lógico suponer que hubiera prescindido de ella a la hora de marcharse. En cierto modo, Margot era un botín que no desmerecía al lado de aquel millón en efectivo. Y Margot continuaba en Miami... al menos hasta unas horas antes.

Aún no debía considerarse fracasado. Quedaba la pista de ella, mucho más reciente y, sin duda, más inhábil que la del viejo zorro de Max.

A no ser que él se hubiera percatado de que Margot era, en realidad, una agente del presidente Vargas, cómplice de Kramer y que, por tanto, buscaba tan sólo el medio de apoderarse del dinero en beneficio del presidente de Guayama.

Recogió la llave de su habitación y subió a ella, ensimismado todavía en aquel problema. Podía haber ocurrido de esta forma. Había pocas mujeres capaces de engañar a Gordon, cuya experiencia en el espionaje había merecido elogios de sus jefes durante su trabajo en Berlín, con ocasión del célebre bloqueo.

Metió la llave en la cerradura y la hizo girar. Los factores ciertos de aquel rompecabezas eran muy escasos: Gordon había

desaparecido, alguien le había suplantado para sacar un falso equipaje del hotel y los agentes de Guayama no conocían ni el paradero de Max ni el del millón.

¿Había alguien más en el juego? ¿Alguien ajeno al presidente Vargas o al general Rómulo?

Sólo faltaba aquella posibilidad para acabar de complicar las cosas.

Stuart, fatigado, abrió la puerta y entró en sus habitaciones.

En aquel mismo instante, el teléfono empezó a sonar estrepitosamente.

CAPÍTULO VI

Descolgó el auricular y preguntó por la identidad del que llamaba.

—Soy Will Costello, Butler. Estoy en el vestíbulo. ¿Puede bajar?

—¿Qué ocurre?

—Algo importante. Le aguardo.

Decidió bajar. Por el tono de voz de Costello intuyó que había surgido un nuevo asunto.

Lo encontró en el vestíbulo, donde vendían tabaco. La empleada sonrió a Costello ante el mostrador al entregarle un paquete de rubio.

—Su marca preferida, señor Costello.

—Gracias —pagó y se volvió hacia Stuart—: Hola, Butler. Me alegro de verle.

Parecía haber olvidado su violenta entrevista de la mañana.

—¿Qué ocurre, Costello?

—He tenido una visita: nuestro contacto de Chicago —señaló hacia la espalda del muchacho y éste se volvió para ver a un individuo alto y delgado, con escaso cabello rubio pegado al cráneo, en un peinado muy a la moda—. Le presento a Andy Saddler. Éste es Butler, el jefe de Max.

Stuart estrechó la mano del tipo de Chicago gruñendo una especie de saludo.

—Seguramente en el bar podremos charlar con mayor amplitud —declaró el agente del general Rómulo.

Pasaron al bar del mismo hotel y ocuparon una mesa lejos de posibles escuchas.

—Por si no lo sabe, Stuart —añadió Costello—, su amigo Max Gordon trató con Saddler acerca de la compra del armamento.

El detective miró al rubio. Éste daba la impresión de ser un pez capaz de nadar en todas las aguas y tan escurridizo como una

serpiente.

—Así que Max habló con usted.

—Y contrató armas por valor de un millón: eso es lo importante...

—Cierto.

Saddler señaló con la cabeza a Costello.

—Yo sabía que él es el agente de Rómulo en Miami y al no recibir noticias de Gordon decidí dejarme ver por aquí.

—¿Le dijo Max que compraba armas para el general Rómulo? ¿Acaso le dio el nombre de Costello como enlace?

—Oh, no. Gordon es un tipo listo y sabe cuándo tiene que callar, pero yo tengo mi propio sistema informativo. Me dedico a vender armas. Éste es un negocio muy... peculiar. No se puede poner un puesto en el mercado para vender ametralladoras, lanzallamas, obuses, granadas y tanques... Los clientes son pocos, pero buenos. El Caribe suele proporcionarnos una clientela lucida, y mi obligación es saber que el general Rómulo no vive pensando en regresar a Guayama. Lo demás es ya fácil. El general Rómulo no puede encargarse de la compra a uno de sus hombres porque el Departamento de Estado los tiene fichados a todos y no le conviene violar las leyes federales, y por eso encargó de la misión a un hombre de su confianza: Max Gordon. A propósito, ¿dónde está?

Su verborrea era cínica y característica del que vive bordeando todas las leyes.

—¿A qué vino usted? —preguntó Butler, adivinándolo.

—Concertamos la entrega de las armas para hoy. Anteriormente debía telefonearme Gordon para indicarme el punto dónde les convenía a ustedes recoger el cargamento. No he recibido esa comunicación y... he decidido presentarme aquí, con la mercancía. Nada más llegar me he puesto en contacto con Will Costello, cuyas actividades ya conocía.

—¿Dónde está la mercancía? —preguntó Costello.

Saddler lanzó una risotada.

—La respuesta le costará un millón; ni un centavo más. Es lo convenido, ¿no?

—El caso es... —empezó Costello.

La risa de Saddler desapareció como barrida por un huracán.

—No irá a decirme que han surgido dificultades. ¿No tienen el

dinero?

—¡Oh, sí, pero...!

Saddler se puso en pie mirádoles con ojos tallados en acero.

—Escuchen bien esto, amigos. La fábrica trabajó para ustedes durante todo este tiempo con tres turnos diarios para servir un pedido formulado formalmente. Si ustedes no se hacen cargo de la mercancía en el plazo de tres días, buscaré otro cliente.

Costello rechinó los dientes.

—¿Qué significa exactamente esa amenaza, Saddler?

—Soy un comerciante y me importan un rábano los problemas políticos de Guayama y de otro cualquier país de este cochino mundo. Si ustedes no se hacen cargo del pedido visitaré al señor Kramer, agente del presidente Vargas, y se lo ofreceré. Puede apostar diez contra uno a que aceptarán jubilosos mi oferta aun en el caso de que suba el precio en un cincuenta por ciento. ¿Y saben ustedes por qué? Sencillamente porque haciéndolo, el presidente Vargas desarticula la revolución que ustedes preparan, se fortalece con ese armamento e impide que ustedes ataquen su isla. Imagino que no ignoran que mi fábrica es la única capaz de servir este tipo de pedidos y que, visto nuestro actual proceso de fabricación, tardaríamos medio año en complacerles... Buenas tardes, señores. Costello, usted sabe mi dirección por si solucionan favorablemente su problema.

Les dejó plantados en sus asientos en el momento justo en que acudía el camarero. Costello, lívido el semblante, pidió un *whisky* y Butler hizo otro tanto. Durante los minutos que tardó el camarero en acudir con los pedidos los dos hombres guardaron silencio. Sólo cuando Costello bebió parte de su *whisky* pareció despertar de su letargo.

—¿No tiembla ante la idea de que sepa la noticia el general?

—Oiga, Costello, no empecemos. Usted me responsabiliza a mí sin motivo.

—¿Dónde está su Gordon?

—No es mi Gordon. ¡Yo sólo puedo responder de mí!

—Hay muchos procedimientos de ganar un millón, pero ninguno tan bueno como éste. Bueno, fácil y... sin riesgos, si fuésemos tontos.

Los dedos de Butler se cerraron furiosamente en torno al alto

vaso de licor.

—¿Cree que lo planeé todo con Max?

—¿Qué otra cosa puede haber sucedido?

—Al menos, dos: que Gordon ha escapado por su propia cuenta o... que lo han matado para robarle.

—Es fácil imaginarlo, sí. Pero usted no puede probar que Max no le guarde su parte en el rincón del mundo donde haya decidido esconderse. Gordon y usted son grandes amigos, íntimos amigos. Los dos lucharon en el servicio secreto, en Berlín, los dos se salvaron la vida mutuamente varias veces, y ahora cuando Max lo necesitó, usted le dio empleo en su agencia de Nueva York. ¿Todavía piensa que puedo creerlo apartado de la traición de su amigo? Ni yo ni el general lo pensamos, Butler. Y el general se presentará aquí dentro de unas horas.

—¿Debo ponerme a temblar?

—Debe buscar el dinero.

—Lo deseo más que nadie porque no me gusta pensar que Max es un ladrón. ¿No tiene usted idea de dónde puede estar?

—No.

—Pero usted lo vigiló aquí. ¿Cómo se le escapó?

—Por la noche, en un momento de descuido.

—Vaya, la responsabilidad también le alcanza.

—¡Nadie podía imaginar que abandonara a su chica! Mientras ella le aguardaba en este mismo bar, él desapareció. Era evidente que estaba loco por ella, como lo prueba la grabación magnetofónica que le envió al general.

—Pero le dio esquinazo. Gordon siempre fue más listo que nadie.

—Parece alegrarse, Butler. Al general no le va a...

—¡Deje en paz al general! —le gritó—. Me las entenderé con él cuando llegue el momento. Lo que importa es investigar.

—Ése es su oficio, ¿no? —se burló.

—Cierto. Y puede apostar algo a que descubriré lo ocurrido. ¿Qué misión tiene usted en Miami?

—Atiendo a los asuntos del general.

—Una respuesta un poco vaga, pero la aceptaré. Cuando le hablé de Kramer dijo conocerle. ¿Qué sabe de él?

—Ocupa el mismo puesto que yo, pero en la red del presidente

Vargas.

—Él también sabe lo del millón: según sus palabras, hay alguien en la organización del general que les informa. ¿Quién puede ser?

—No lo sé.

—Mientras no arreglen eso no pueden pensar en triunfar.

—Eso es asunto nuestro; usted ocúpese sólo de su amigo.

Stuart tragó su cólera y se esforzó por ordenar sus pensamientos.

—¿Cuál es la guarida de Kramer?

—La conozco tan bien como él la mía: Bentley Street 240. ¿Por qué le interesa?

—¿Acaso no sabe todavía que la chica de Max, esa preciosidad de Margot, es en realidad agente de Vargas?

Bebió el *whisky* de golpe y salió del bar sin otra despedida.

CAPÍTULO VII

Kramer elaboró una maldición complicada y pintoresca y acto seguido apretó los dientes para contener el gemido de dolor. El médico de barba de tres días y camisa sudada gruñó:

—No se mueva o le haré más daño.

Durante un largo minuto hurgó en la herida con unas largas pinzas. Sus manos no eran hábiles y la culpa la tenía el *whisky*. Kramer lo sabía, pero Andersen era el único médico que no informaría policía, entre otras razones porque años atrás le habían retirado la licencia para ejercer su profesión. Andersen nunca hacía preguntas a sus clientes, y ellos, por su parte, no estaban en condiciones de exigir mayor destreza en el galeno.

—¡Maldito matarife...! —jadeó Kramer, inundado el rostro de sudor.

Tony le sujetó con todas sus fuerzas durante la última parte de la intervención, y al cabo de otros largos cinco minutos Andersen respiró con más fuerza, mostrando en alto la bala que Butler había clavado en el hombro de Kramer.

—Lo conseguí, señor Kramer.

Éste, cerrados los ojos, respiraba con desesperación, temblándole los labios por el dolor. Tony se apresuró a servirle una buena ración de *whisky* que vertió por entre los labios del herido. Éste la bebió con ansia y el color volvió a sus húmedas mejillas.

—Ya pasó todo —alentó Tony.

En el extremo opuesto de la habitación, Samuel continuaba maldiciendo desde la mañana, justo desde el mismo instante en que Butler le partiera la mano. Por encima de la escayola, su mano izquierda acariciaba mimosamente el remo herido, mientras de sus labios brotaban las salvajes amenazas que elaboraba su mente enfebrecida.

—No deberá moverse en dos días, señor Kramer, si quiere que su

herida cierre pronto y bien. Cada veinticuatro horas haga que le pongan un frasco de penicilina. Cualquiera de sus amigos sabrá hacerlo, ¿verdad? Si me necesitan vuelvan a llamarme, pero... con discreción.

Quedaron solos los tres nombres. La respiración de Kramer fue adquiriendo un ritmo normal. Durante casi media hora mantuvo cerrados los ojos. Tony le creyó dormido y cogió una revista deportiva para matar el tiempo, pero un crujido en la otra habitación le hizo alzar la cabeza. Kramer abrió los ojos al mismo tiempo.

—¿Qué ha sido eso?

Tony cruzó la estancia con pasos largos y cuando abrió la puerta empuñaba una pistola de enorme tamaño surgida de su funda sobaquera.

—Es Margot —anunció por encima del hombro.

La hermosa morena entró en la habitación y en sus ojos hubo un parpadeo temeroso cuando vio a Kramer, tendido en el lecho y vendado el torso.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Tuvimos un encuentro con uno de los agentes de Rómulo. Nos sorprendió —explicó Tony.

Kramer lanzó un juramento.

—¡Cállate, estúpido!

Margot miró a los dos hombres, cruzó la habitación y se sentó en una silla. Su cuerpo largo y flexible fue el centro de los ansiosos ojos de Tony. Ella no pareció advertir aquel sucio examen y cruzó las piernas con elegante indiferencia. La pantorrilla ceñida por la malla de nylon ofrecía así un perfil deslumbrante.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Kramer, torvamente.

—No.

—¿Estás llevando a cabo tu propio juego, Margot?

—¿Por qué se te ocurre eso? —preguntó ella, tensa.

—Me basta con mirarte. El presidente Vargas nos prometió cien mil a cada uno de nosotros si interceptábamos ese millón, El fracaso equivale a la pérdida de esa bonita cifra. Samuel, Tony y yo lo hemos hecho todo por conseguirlo y hasta soñamos con la recompensa. Tú, en cambio, te comportas con una indiferencia total, como si se tratara de calderilla... ¿Acaso pretendes ser más

lista que nosotros?

—¡No te consiento que dudes de mí!

Samuel se incorporó y se situó tras la muchacha. Ordinariamente la devoraba con los ojos, pero en aquel instante llevaba demasiado cólera dentro del cuerpo para dejarse arrastrar por sus sentidos.

—Será mejor que no lo intentes, nena.

Descuidada y amenazadoramente posó la izquierda en el mórbido hombro femenino. La reacción de Margot fue tan violenta como inesperada.

Se incorporó de un salto y soltó una bofetada al atrevido, tan violenta, que sonó como un disparo. La mejilla de Samuel enrojeció como si le brotara la sangre por todos los poros y en sus ojos brilló el reflejo asesino que le caracterizaba.

—¡Maldita perra, yo te enseñaré...!

Kramer se incorporó en el lecho.

—¡Quieto, Samuel! —Su orden equivalió a un rugido. Luego, acusando el efecto de aquel esfuerzo, añadió roncamente—: Si Butler dijo alguna verdad fue la de que es mal asunto consentir iniciativas de los inferiores...

—Imaginaba que no te atreverías ni a recordar ese incidente —replicó incisivamente Samuel.

Kramer hizo un rápido movimiento con su mano sana y sacó una pistola de debajo de la almohada.

—Una sola palabra más, ¡una sola!, y te mato, Samuel.

No; no bromeaba. Samuel lo comprendió. Kramer había dominado muchas situaciones como aquella y nunca había vacilado en hacer cumplir una orden, a cualquier precio. Por un instante, Samuel vio ante sí el espectro de la muerte y, como todos los matones, era cobarde. Sintió miedo y un súbito respeto por su jefe.

—Creo... creo que somos amigos, Kramer —dijo, trabajosamente—. Caray, chico, tienes muy mal genio estos tiempos...

Los ojos claros del herido se posaron en Tony, pero éste le obsequió con una sonrisa almibarada.

—Okey, jefe.

Kramer guardó la pistola y luego miró durante un largo minuto a Margot, como la serpiente mira al pajarillo. A pesar de todo su dominio, la hermosa muchacha sintió miedo también.

—Durante varios días estuviste ablandando el corazón de ese tipo, Max Gordon o John Graham, como se camufló últimamente en el hotel «Florida». Te hizo el amor, creo, y ¿no acertaste a obtener confidencias tuyas, Margot?

—No.

—Te veo, nena, y sé que eres guapa. Cualquier hombre perdería sus reservas ante ti. Hasta un tipo tan bestia como Samuel andaría a cuatro manos si se lo pidieras, ¿y no conseguiste nada de ese tipo?

—¡Ya te he dicho que no!

—¿Tampoco tuviste oportunidad para mirar su equipaje o los papeles de su cartera?

—Lo vi todo; no dejé nada por registrar, pero sin resultado.

—Tu amigo se fue por la noche. ¿Dónde estabas tú, Margot, que no te enteraste?

—Estábamos en el bar del hotel y subió para cambiarse de ropa porque íbamos a hacer un recorrido por los lugares típicos de diversión de Miami, una noche de millonarios, dijo. Tardó demasiado y llamé por teléfono, pero no contestó y entonces subí a su habitación.

—No estaba, ¿eh? ¿La registraste una vez más?

—¡Ya sabes que lo hice! ¡Te llamé unos minutos después de haber descubierto su marcha!

—Sí; es cierto: me llamaste. ¿No estaba allí el dinero, ni una orden de pago contra algún banco, ni siquiera la llave de una caja acorazada privada?

—¡No, no, no...! —chilló ella—. ¡Nada en absoluto! ¡Desapareció en el aire! Seguramente sospechaba de mí.

—Vaya; debemos agradecerte tus servicios, nena.

—¡Ya sé que no me creéis! Por eso interceptasteis el equipaje de Gordon cuando vinieron a buscarlo de la «Mercury».

—Como era lógico, allí no había nada: tuviste tiempo para llevártelo, suponiendo que no hayas sido honrada.

—¡Si fuera un hombre te haría tragar esas palabras, Kramer!

—Oh, claro. ¿Y luego? —Se estaba agotando por momentos—. Te alojaste en la misma habitación que Gordon para revisar bien todos los lugares, por si escondió algo en ella...

—Y tampoco he tenido suerte.

Se hizo un largo y pesado silencio. Margot se había sentado,

pero ahora tenía las rodillas juntas y las manos sobre ellas, estirando el borde de la corta falda. Sus ojos vagaban por el suelo, inquietos.

—Me he cansado de todo esto, Kramer. Voy a retirarme.

—¿Cómo?

—Cumplí mi parte con Gordon, pero ahora ha desaparecido y... vuestra compañía no me resulta grata. Me voy.

Samuel fue a decir algo, pero su mirada se cruzó con la de Kramer y la protesta se ahogó en sus labios.

—De acuerdo, nena. —Kramer hablaba extrañamente suave—. Tienes razón: tu trabajo ha terminado. Buena suerte.

—¿Puedo... puedo marcharme? —preguntó ella, sin creer todavía en lo que había escuchado.

—¡Claro! ¿Por qué no habrías de poder hacerlo? No somos salvajes, nena, tenemos nuestro corazón también... aunque a veces nos pongamos brutos.

Margot se incorporó, murmuró una despedida y salió de la habitación. Cuando la puerta se hubo cerrado, Kramer hizo una seña a Tony. Samuel sonrió con todos los dientes.

CAPÍTULO VIII

Empezaba a perder la paciencia, considerando que la vigilancia no daría resultado, cuando la puerta del 240 de la calle Bentley se abrió. Desde la acera opuesta, escudado tras un periódico, vio salir a Margot dentro de su traje de chaqueta veraniego. El sol rozaba la línea del horizonte y las calles de Miami se llenaban de la cegadora luz de los faroles y los anuncios luminosos. Gracias a ello, Butler no debía extremar las precauciones para no ser visto; en cambio, debía acercarse más a la muchacha a fin de no perderla de vista.

Margot tenía clase. Sus pasos eran ágiles, elásticos y medidos. Al andar su cuerpo erguido pregonaba su juventud. La corta y ceñida falda servía para marcar su perfil apetecible. Butler, mientras la seguía, se dejó seducir por el encanto de aquella figura que justificaba el embeleso de Gordon.

Ello, no obstante, no le impidió advertir, casi desde el principio, que alguien más iba tras los pasos femeninos.

Se puso en guardia en cuanto lo advirtió. Ante él, a cosa de treinta metros, caminaba al mismo ritmo que Margot un individuo de espaldas anchas y chaqueta color crudo. De espaldas no podía identificarlo, pero algo en él le resultaba familiar.

El innato sentido de la prudencia le hizo comprobar si él, a su vez, era seguido por otra persona. Al llegar a un cruce miró a su espalda: varios peatones parecían seguir su mismo camino, pero ninguno parecía fijarse en él de un modo especial. Mas adelante, cuando se encontró ante las vitrinas de un gran bazar, aprovechó el reflejo del escaparate para comprobar si algunos de los peatones que viera antes continuaba a su espalda. En lugar de eso vio nuevas caras.

Cuando estuvo seguro de aquel extremo, avivó el paso para dar alcance al seguidor de Margot y reconocerle.

No necesitó acortar mucho las distancias. Cuando cruzaban ante

un cine brillantemente iluminado el tipo de la chaqueta clara se volvió, intuyendo la vigilancia de Butler. Éste tuvo el tiempo justo para unirse a la fila de mozalbetes que aguardaba entrar al local y esconder el rostro.

Pero tuvo ocasión de identificar al seguidor de Margot.

Era Tony, el compañero de Samuel y Kramer.

Sonrió, tranquilizado, y dejó que Tony le ganase terreno. Delante iba Margot sin sospechar la doble vigilancia. Stuart pensó en aquello. La vigilancia de que Margot era objeto revelaba claramente que sus compinches no se fiaban de ella; más aún, que sospechaban una traición. Aquel pensamiento le hizo fruncir la frente. No había contado con Margot, dando por descontado que ella formaba un todo con Kramer, puesto que el comportamiento de éste revelaba que no había conseguido el millón. La vigilancia de Tony equivalía a una desconfianza, y el recelo de Kramer suponía una acusación contra la hermosa morena.

¿Habría sido capaz de apropiarse el millón y no comunicarlo a sus compañeros?

Ella parecía una aventurera de muchos recursos, una mujer dispuesta a todo con tal de asegurar su porvenir: su misma aventura con Gordon afirmaba tal suposición. Si carecía de escrúpulos, no costaba nada pensar lo peor de ella.

Butler apretó los puños mientras caminaba. Lo que había empezado siendo una vigilancia sin motivo determinado, tratando de hallar una pista al azar, se convertía súbitamente en una caza implacable y llena de sugestión.

Andando, llegaron a la zona residencial. Un suave declive conducía a las no lejanas playas. Reconoció el lugar; estaba en Miami Shores, al norte de la ciudad. Enfrente, al otro lado de Biscayne Bay, empezaban los Cayos, el dédalo de pequeñas islas que se internaban en el Caribe, ofreciendo mil escondites a quien dispusiera de una lancha motora.

El detective se notó excitado por la proximidad de la caza. ¿Acaso Margot y Gordon habían llegado a un acuerdo antes de desaparecer con el dinero y ahora ella acudía al encuentro de su amante? Si era así, iba a sentirlo por Max: ni siquiera el hecho de ser su amigo le impediría hacerle restituir el dinero al general. Siempre había jugado limpio y pretendía seguir aquella norma de

conducta hasta el final de sus días.

Desde lejos, vio cómo Margot entraba en una pequeña villa junto al agua, que disponía de un embarcadero en su parte posterior. Tony apresuró el paso y Max le imitó.

Margot había desaparecido en el interior. Tony fue a empujar la cancela, pero Butler corrió. No pudo evitar el sonido de sus pasos ni lo intentó tampoco. El lugar era extremadamente solitario y por ello Tony escuchó la carrera a su espalda.

Se volvió en redondo, con la mano dentro de la chaqueta, a la altura del sobaco. Vio a Butler a diez metros y gruñó algo, complacido:

—Esta vez lo pagarás.

Butler se lanzó a un *sprint* alocado, recordando sus tiempos juveniles, cuando sus piernas recordaban las de una gacela. En el corto espacio alcanzó una velocidad impresionante y antes de que Tony hubiera podido sacar la mano con la pistola le incrustó la cabeza en el estómago. Tony gimíó y cayó de espaldas. Butler rodó encima de su enemigo y le sujetó los brazos, pero Tony ya había sacado la pistola. Todo consistía en volverla unos grados para tenerla en disposición de tiro.

El detective volcó su peso encima del matón, pero éste gozaba de una fuerza nada común. Milímetro a milímetro alzaba la pistola mientras su dedo abarcaba ansiosamente el gatillo. Era una lucha silenciosa, pero mortal.

Butler cedió de pronto. La súbita ausencia de la fuerza contraria hizo que Tony desviara excesivamente el punto de mira y no estuviera tampoco en condiciones de disparar.

Aquella fracción de segundo la aprovechó Stuart. Su puño derecho llegó a la nariz de Tony. Tras él había casi noventa kilos de peso y una rabia que valía el doble.

Crujió la nariz del matón, brotó la sangre y los labios se entreabrieron para lanzar un grito horrible.

El puño volvió a golpear, esta vez en plena boca. El impacto machacó el grito y lo lanzó, apelotonado, de vuelta a los pulmones de Tony. Con él, dos dientes rodaron garganta abajo. Esta vez Tony no podía gritar porque sus labios eran sólo algo parecido a un estropajo sangriento, pero continuaba sujetando la pistola.

Golpeó con ella. El cañón alcanzó a Butler en la frente,

abriéndole una brecha. Nuevamente se alzó para alcanzarle en un ojo, pero Stuart se deslizó lateralmente y eludió el salvaje impacto.

Algo parecido esperaba Tony, pues con agilidad de gato malherido saltó sobre él, sofocándole bajo su corpachón. Esta vez la pistola sí le apuntaba a la cabeza y Tony iba a disparar.

De algún lado sacó sus últimas energías; aquello y la desesperación obraron el milagro. Alzó las rodillas aprovechando un pequeño hueco y alcanzó a Tony en el vientre. La fuerza se le agotó de pronto, como si dependiera de un interruptor y lo hubieran accionado. Ni siquiera pudo hacer que su dedo apretara el gatillo. Quedó blanco y los ojos se le pudieron vidriosos. Para sacudírselo de encima, Stuart le golpeó en el mentón y Tony se desplomó como sin vida.

Pese a la ferocidad de la lucha, ésta había sido silenciosa. Butler echó una ojeada al agente de Guayama. Iban a necesitar horas extraordinarias para ponerlo en buen uso.

Le dio una patada a la pistola y la sumergió en una alcantarilla. Luego, empujó la cancela, pisó el césped que crecía a ambos lados del sendero de grava y subió al porche.

La puerta estaba abierta. Sin pedir permiso entró, recelando no obstante por si se trataba de una trampa.

No había nadie tras la puerta ni en el *living*. Había además un silencio inquietante. Sólo una luz a la derecha, brotando de una puerta que conducía a no sabía dónde.

La cruzó. El suelo estaba polvoriento y por el centro del pasillo se distinguían las huellas de Margot, cuyos zapatos habían roto la uniformidad polvorienta del *parquet*.

No le gustaba aquello. Había un olor nauseabundo, un aroma que enervaba los nervios y horrorizaba aún sin saber la procedencia.

Dudó antes de seguir adelante, pero dadas las circunstancias no podía retroceder a última hora, teniendo posiblemente tan cerca la solución a su problema.

Margot debía estar cerca, a no ser que hubiera utilizado aquella casa para despistar a sus perseguidores.

Aquella posibilidad le hizo abandonar las precauciones. Quizá Margot ya estaba lejos, gracias a una motora que podía estar aguardándola en el embarcadero posterior.

Recorrió el pasillo en toda su extensión y se encontró en una pequeña encrucijada. Un corredor conducía a la playa, según podía ver a través de la puerta de cristales, y el otro a las habitaciones del servicio. A la derecha había el hueco de una puerta y de allí brotaba luz.

Apresó los puños. De cualquier forma, estaba allí para desvelar el secreto.

De dos zancadas recorrió el corto trecho y miró al interior.

Era la cocina. Ahora comprendía el olor, el terrible olor que brotaba de allí.

Max Gordon estaba allí. Le habían quemado los pies, pero de eso hacía muchos días y su aspecto era ya horrible.

Cerca, en un ovillo en el suelo, estaba Margot, sin conocimiento.

CAPÍTULO IX

La cogió entre sus brazos y, en volandas, la trasladó al *living*. Era grato sentirla junto a sí, abandonada e indefensa. Su respiración era débil y las mejillas tenían una palidez inquietante.

La depositó en un sofá y desabrochó la chaqueta y la falda para facilitar la respiración. Suavemente practicó con ella unos movimientos respiratorios y luego volvió a la cocina para humedecer en el grifo su pañuelo. Para hacerlo tuvo que cruzar por encima de los restos de Max, cosa que hizo procurando no mirarle. En el *living* había un armario bar y dentro una botella de *whisky*.

El pañuelo húmedo sobre las sienes y unas gotas de licor en los labios obraron el milagro de reanimarla.



Tuvo que pasar por encima

Gimiendo, apresada todavía por la horrible visión, abrió los ojos. Durante unos minutos, Stuart se limitó a frotar suavemente las sienes femeninas con el pañuelo húmedo, sintiendo la alterada mirada femenina sobre su rostro.

—No debe preocuparse por nada, Margot —dijo él, al cabo de

un largo tiempo—. Soy su amigo.

Ella se incorporó.

—Es... horrible.

—Sí; pero no se mueva. Descanse.

Obedeció, recobrando el ritmo de su respiración, bajo la blusa, su busto ascendía con fuerza, estremecido todavía por la horrible visión.

—Me... ha seguido —murmuró ella.

—No solamente yo. Su amigo Tony iba pisándole los talones.

Se estremeció ella. Aquella noticia parecía aterrarla mucho más que la presencia de él.

—¿Qué... ocurrió?

—Tuve un encuentro con Tony —señaló su frente donde sangraba todavía la brecha producida por el golpe del matón—. Ya ve cómo me puso, pero él está peor. Quería una charla en exclusiva con usted.

—¿Por qué?

—¿No cree que hay algo que debe explicarme?

Poco a poco se había recuperado. Indudablemente, Margot tenía temple. Muy pocas mujeres eran capaces de practicar un sutil juego de inteligencia después de ver al hombre al que amaba tan horriblemente mutilado.

—Temo no entender.

Se sentó en el sofá y subió el cierre relámpago de su falda. Sus ojos oscuros adoptaron una actitud cándida.

—Vine a Miami buscando a un amigo, Margot. Se lo dije en la habitación 315 del hotel, esta misma mañana. El nombre de ese amigo era Max Gordon; es el mismo que está en la cocina, muerto, y usted ha venido hasta aquí para reunirse con él. ¿Aún cree que no tiene nada que decirme?

Ella se humedeció los rojos labios.

—Le... amaba.

—Eso ya lo sé.

—Él me esperaba aquí, hoy.

—También lo imagino. ¿Qué pensaban hacer?

—Íbamos... íbamos a emprender un viaje.

—Por el extranjero.

Margot se limitó a mirarle, seductoramente.

—En compañía de un millón de dólares.

La frase fue acogida por la muchacha como si recibiera en su piel un chorro de plomo líquido. Tembló y para dominarse se mordió el labio inferior, rojo y grueso como una cereza.

—No sé de qué me habla.

—Está mintiendo. Es una frase poco galante, pero no me dice la verdad. Eso me hace pensar que su juego no es limpio. Max se había apropiado de un millón que no le pertenecía y se lo ofreció a usted, a cambio de su compañía. Max fue siempre un tipo inteligente, pero hasta el más equilibrado de los hombres se pierde alguna vez por unas piernas de mujer. Sólo que a Max le ha costado incluso la vida.

—¡Oh, cálese!

—No piense que voy a hacerlo. Sería demasiado cómodo para usted. Max ha muerto de una manera que no deseo ni a mi mayor enemigo y yo mismo estoy en peligro por culpa de un millón. ¿Aún quiere que sea dulce y bueno con usted? ¡No me confunda, Margot, yo soy un poco más duro que Max!

—Por favor, se lo suplico... —sollozó.

Se llevó una mano a la frente y perdió el equilibrio, rotos sus nervios. Butler se inclinó para ayudarla. Suavemente la ayudó a tenderse en el sofá, pero antes de que pudiera retirarse los rojos labios; como cerezas se habían posado en los suyos, dominándole.

—Sólo soy una chica asustada... Ayúdeme.

—Lo haré: empecé ese trabajo cuando quité de su camino a Tony. Sé que trabaja para el presidente Vargas y también que Kramer no debe fiarse mucho de usted, por cuanto mandó a Tony tras sus pasos. ¿Qué les ha hecho para que desconfíen?

—Les dije que me retiraba del asunto...

—Y ellos fingieron aceptarlo.

Afirmó ella, tendida en el sofá. Sus mejillas tersas relucían en la oscuridad del *living*, como una aparición de maravillosa hermosura. La blanca blusa era también lo más importante de aquel cuadro que podría haber sido ideal de no estar Max en la cocina, con los pies abrasados.

—Fue usted muy torpe, Margot. Ellos supusieron que usted les traicionaba y que había decidido jugar por su cuenta. Por eso Tony la siguió: con la esperanza de que le llevara hasta el millón.

—Por fortuna estaba usted.

—Sí.

—No me ha dicho su nombre.

—Stuart Butler.

—Max me habló de usted. Él trabajaba para usted.

—Sí; y en cierto modo me traicionó al traicionar a mi cliente.

—¡El general Rómulo! —Su voz fue despectiva.

—No entro en política.

—Tampoco yo. Soy huérfana y debo ganarme la vida de alguna forma. Ésta era tan buena como cualquier otra.

—Cierta tipo de negocios conducen a malos finales. Es usted demasiado bonita para jugar con gente tan dura como Kramer y los suyos.

Ella le cogió la mano, en ademán implorante.

—¿Estoy en peligro?

—Temo que sí.

—¿Los mismos que mataron a Max?

—No sé quién le mató. Pero lo averiguaré.

—Hágalo. Yo... le quería.

—¿Vivió él aquí todos estos días, esperándola a usted?

—Sí. Desde la noche en que desapareció del hotel.

—¿Quién más sabía este escondite?

—Nadie. ¡Yo guardé secreto! —Se incorporó algo y le cogió de las solapas, con ansiedad. Butler sólo tuvo que rodearla con un brazo. Tenía un cuerpo cálido y joven. Cuando la besó, Margot pareció desfallecer—: ¡Sáqueme de aquí, se lo ruego!

—Buscaré un taxi.

—Necesito... agua, pero no quisiera ir a...

No terminó; el estremecimiento era suficientemente significativo.

—Yo la traeré.

Recorrió el pasillo que ya conocía y entró en la cocina. El olor le producía náuseas cada vez que se aproximaba al lugar donde habían abandonado el cadáver de Max, pero se sobrepuso. En un rincón había un frigorífico bien provisto que pregonaba el cuidado que Max había tenido en surtirse de alimentos para los días en que estuviera en su voluntario encierro. Sacó una jarra de agua helada y con ella llenó un vaso.

De regreso al *living*, encendió las luces.

Parpadeó algo deslumbrado por la luz reinante.

Miró al sofá y al no encontrar a Margot se volvió instintivamente hacia el espejo que colgaba de una de las paredes, esperando hallarla allí acicalándose.

¡Margot había desaparecido!

Con una maldición, abandonó el vaso y registró la casa y el jardín. Pero de la hermosa muchacha no había ni rastro. Se había marchado limpiamente, aprovechando aquella treta tan antigua como el mundo, en la que se mezclaban unas lágrimas, un ademán desesperado y unos besos sabiamente dosificados.

Escupió rabioso para arrancarse el sabor de los labios femeninos y volvió a salir a la calle. Margot no estaba allí, ni tampoco Tony. El barrio, silencioso y abandonado, guardaba bien su secreto.

Entró en la casa y se dirigió a la cocina, como si la visión de Max pudiera consolarle de su estupidez.

Le habían torturado hasta matarle y no era difícil adivinar que el asesino le estuvo preguntando hasta el final por el paradero del millón. Si Max lo había revelado o no, finalmente, era cosa que no tenía medio de saber, aunque conociendo a Gordon estaba por apostar que no había hablado si le quedaba alguna esperanza de burlar a su enemigo.

Se inclinó sobre él y superando su repugnancia le registró los bolsillos, pero estaban vacíos. El asesino le había despojado de todo, lo cual parecía confirmar su último pensamiento, que Max no había hablado. Ésa era la razón de que le hubieran quitado hasta el menor papel, en un desesperado intento de encontrar una pista.

Dejó de registrarle y lo soltó. Por la inercia, el cuerpo se desplazó a su posición primitiva, extendido el brazo izquierdo.

Y entonces Max se fijó en el único detalle significativo.

El anular mostraba una alianza de oro, recién estrenada.

Pero Max no estaba casado. No en Nueva York, no antes de haber planeado apropiarse del millón para disfrutarlo en la cálida y excitante compañía de Margot, pues de otra manera le hubiera invitado a la ceremonia. El matrimonio había venido después, cuando el viejo Gordon decidió emprender una nueva vida, con un dinero que, si bien no le pertenecía, tampoco tenía una procedencia legítima ni un fin demasiado noble. Max podía haber pensado en eso y en que un millón convertido en armas forzosamente había de

verter mucha sangre, en su mayoría inocente. Quizá aquella filosofía elemental y no muy ortodoxa, pero eficaz, había impulsado la locura de Max.

Y se había casado.

No podía ser con ninguna otra mujer más que con Margot, a quien aguardaba en aquel escondite para salir del país.

Margot casada con Max. Pero Margot había huido, burlándole.

¿Por qué razón, cuando Kramer y los demás compinches deseaban darle alcance para castigarla? ¿Por qué aquel riesgo tan penoso?

La respuesta sólo servía para maldecirse por su estupidez.

Porque Margot tenía el millón en su poder.

CAPÍTULO X

Pasó por una farmacia antes de regresar al hotel y en ella le curaron la brecha de la ceja. Se sentía cansado y, lo que era peor, desalentado. Por un descuido; Margot se había esfumado de entre sus manos y no sabía dónde buscarla. No tenía duda de que ella había sido la depositaria del millón. Casi podía adivinar lo ocurrido. Enamorados, Max y ella habían decidido casarse. Ello significaba, por parte de Margot, una traición hacia Kramer y el resto de la red, pero a cambio obtenía un amor y una seguridad financiera para el resto de sus días. Sabiendo ambos que estaban vigilados. Gordon debió idear el plan para despistar a sus seguidores: él desaparecería primero y ella fingiría seguir trabajando para Kramer hasta que se retirase del asunto. Acordaron reunirse en la villa junto al mar, y cuando Margot acudió, encontró a Max muerto y mutilado. La pregunta inmediata era, ¿quién lo había hecho?

Había sido aquélla una de las peores jornadas de su vida, sin un solo minuto de descanso. Con mano temblorosa buscó el paquete de cigarrillos mientras entraba en el vestíbulo del hotel, y lo sacó, pero estaba vacío. Aquel hecho daba idea de la tensión sufrida durante las últimas horas que les había obligado a fumar más de lo debido.

Por fortuna, el pequeño estanco del hotel continuaba abierto, aunque la bonita morena que lo servía empezaba a bajar los cierres.

—¿Puede servirme todavía, preciosa?

Ella le sonrió. Era una chica amable, simpática. El constante trasiego de gente adinerada por delante de su mostrador había dejado una huella soñadora en sus grandes ojos, como si continuamente esperara ver a su príncipe azul entre los hombres que compraban su tabaco.

—Desde luego, señor Butler.

—¿Conoce mi nombre? —se sorprendió.

—Me preocupo de conocer a los huéspedes del hotel.

—No es normal tanta eficiencia en una chica tan bonita.

—¿Por qué?

—Las mujeres hermosas no necesitan ninguna otra virtud. Sería pedir demasiado.

—¿Qué marca prefiere? —preguntó ella, desviando la mirada y tratando de no ruborizarse.

—Cualquiera. ¿Estaba cerrando?

—Sí.

—Apuesto algo a que no ha cenado.

—Todavía no.

—¿Qué tal si lo hiciéramos juntos? —Captó la mirada recelosa de ella y añadió—: No trato de obtener de usted una cita galante. Es... que he pasado un mal día, estoy solo y creo que sufro un ataque de depresión. Esto, por supuesto, si no tiene otro compromiso.

La morena alzó hasta él sus ojos.

—Nunca lo he hecho... pero aceptaré.

—De acuerdo. Iré a encargar dos cubiertos...

—No; aquí no —suplicó—. Me verían los demás clientes y luego tratarían de obtener igual trato.

Stuart sonrió.

—Cada instante me sorprende con una prueba más de su sensatez, señorita...

—Mi nombre es Mayra Bennet.

—Un nombre bonito: Mayra.

Cerró ella su pequeño negocio y metió las llaves en un bolso de rafia blanca.

Salieron del hotel y caminaron durante unos minutos sin rumbo fijo. Stuart se preguntaba qué le había impulsado a invitar a aquella mujer. Ciertamente era hermosa y que su cuerpo sabría responder a los resortes del amor, pero Mayra no parecía una chica ligera. Estaba casi seguro de que ella no aceptaría ninguna clase de devaneo. No era, por tanto, la compañía que él podría necesitar para olvidarse de todo lo que había llenado aquel día, para huir de la amenaza del general, de la horrible muerte de Max o de su fracaso casi absoluto con Margot. En instantes como aquél, de sumo peligro, cuando en Berlín o en cualquier otro lugar de su vida pasada caminaba sintiendo tras sí los pasos de la muerte, el único

consuelo había sido una mujer capaz de aceptarle con su zozobra y sus ansias de cariño y de paz. Los hombres que, como él, habían notado tantas veces la muerte a su lado, sólo hallaban descanso junto a una mujer. La mayoría de las veces bastaba con sentirla cerca, con enlazar su cintura en el brazo del baile o con soñar sin palabras en cualquier rincón romántico. Frente a la cruda realidad la mujer constituía siempre una evasión, un medio de olvidar y, al propio tiempo, de obtener nuevas energías, un sistema mucho más digno que inyectarse morfina o fumar las perfumadas bolitas de opio. Stuart había conocido a rivales suyos en las tareas del espionaje, incluso a compañeros, que necesitaban del auxilio de las drogas para subsistir en la horrible lucha en que estaban empeñados. Todos, un día u otro, acababan cayendo y ellos lo sabían, pero no podían sustraerse a su debilidad. Eran, después de todo, hombres como los demás, pero a los que se les exigía un esfuerzo de superhombres.

Stuart miró a Mayra. Ella había adaptado su paso a la lenta marcha de él, sin mirarle. Los focos de luz acariciaban sus mejillas dándoles calidad de porcelana. El vestido veraniego se estrechaba en los puntos donde su juventud cobraba fuerzas. Era como un animalejo bello e inexperto, y Stuart pensó que no tenía derecho a turbar su placidez.

—Creo que es mejor que vaya usted a su casa —dijo él, de pronto, deteniéndose.

Mayra le miró, alzando para ello la cara. Los ojos relucían y los rojos labios estaban entreabiertos mostrando bajo ellos unos dientes muy blancos e iguales.

—¿Qué le ocurre?

—Ha sido una imprudencia por su parte aceptar mi invitación.

Ella se estremeció, calando el significado de aquella frase.

—No puedo creerlo. ¿Se encuentra mal?

—No; es decir, sí. Váyase.

Mayra se le acercó un poco más.

—Usted... usted tiene una mirada demasiado leal para que sea cierto lo que insinuía —se empujó bruscamente y le besó en los labios, con suavidad y dulzura. No fue una caricia torturadora como la de Margot, sino una expresión de amistad, de confianza y... de conmiseración—: ¿Se arrepiente de haberme invitado a cenar? —

añadió con ligereza.

Butler parpadeó y luego lanzó una carcajada, liberado de su tensión.

—Oh, claro que no.

La enlazó del brazo sin que Mayra se opusiera. Tenía la piel suave y la carne prieta. Bajo sus dedos, creía notar el latido vigoroso de la mujer.

Ella le condujo a un restaurante típico y consiguieron una mesa algo apartada, próxima a la terraza desde la que se divisaba el océano y los millares de lucecitas que oscilaban en la playa y sobre las aguas, en las innumerables embarcaciones de todo tipo ancladas por la noche.

—Usted dijo que estaba deprimido y que precisaba una compañía femenina —exclamó encendidas las mejillas—. Pues bien, aquí estamos los dos.

Le cogió una de las manos por encima del mantel. En el hueco de su ancha y pesada mano, la pequeña de Mayra recordaba la inquietud y la zozobra de una paloma.

—Gracias.

—¿Que le ha ocurrido, señor Butler? —preguntó señalando el parche de la frente.

—Mi nombre es Stuart —estaba satisfecho de encontrarse allí con Mayra—. Tuve un... accidente.

—¿Con el señor Saddler?

Los ojos del detective se entrecerraron.

—¿Le conoce?

—Es cliente del hotel.

—¿Se aloja en él?

—Ahora no. Se marchó hace varios días.

—¿Cuántos?

—No sé; dos o tres.

—¿Está segura?

—Puede comprobarlo en recepción.

Butler apretó los labios. Andy Saddler había afirmado que acababa de llegar de Chicago por falta de noticias de Max, y había mentido.

Miró a la muchacha. ¿Era tan inocente como aparentaba o buscaba algo en realidad?

—Me mira de una forma inquietante, Stuart —le dijo ella—. ¿Qué piensa?

—Es usted extraordinariamente observadora.

—¿No le gusta?

—No... en este asunto.

Llegó el camarero con la cena pedida, pero la corriente afectiva había quedado rota por las sospechas. Mayra le buscó los ojos con la mirada cuando el camarero se hubo marchado.

—¿Puedo darle un consejo, Stuart?

—¿De qué clase?

—Soy muy observadora, como usted dice, y no me gustan esos individuos. No me gusta Saddler ni tampoco Costello. No sé si usted está relacionado con ellos, ni voy a preguntárselo, pero vaya con cuidado.

No era posible que fuera otra cosa de lo que parecía; Butler se negaba a admitir que Mayra sirviera a cualquiera de ambos bandos en lucha por el poder de Guayama, o incluso a un tercer grupo en discordia con los dos anteriores. Su mirada era limpia; había pureza en su expresión, en sus labios, en su cuerpo. No era, tampoco, una aventurera. Él había conocido muchas mujeres y podía calificarlas con sólo tratarlas unos minutos. La mujer, cuando pierde su inocencia, queda marcada para siempre, y Mayra estaba limpia de aquel estigma.

—¿Qué sabe de ellos?

—Nada. Sólo que se relacionaron con otro cliente del hotel: John Graham. Tampoco me gustaba. Había algo furtivo en su comportamiento.

—¿Qué le hacía sospechar?

—No sé. Quizá el hecho de verle una pistola. La llevaba en el sobaco, al estilo de los *gangsters*. Luego desapareció de una forma rara, sin despedirse, y poco después se fueron también Costello y Saddler, pero el primero ha seguido dando vueltas por allí a la espera de alguien hasta que llegó usted.

—¿Costello también residía en el hotel?

—Sí. Ha tenido una pelea esta noche, ¿verdad?

—Nada de importancia.

—¿Con ellos?

—No estamos aquí para hablar de eso —rebatió.

La muchacha bajó la cabeza y durante unos instantes se ocupó de los platos que el camarero le había servido. Con la punta del cuchillo extendió un poco la mantequilla en la esquina de una rebanada de pan inglés y la mordisqueó.

—A pesar de todo, sigo diciéndole lo mismo: apártese de ellos, si todavía puede.

Estuvo a punto de decirle que no solamente no le era posible, sino que estaba obligado de llegar hasta el final, no tanto por hallar el millón de dólares como para castigar al bárbaro asesino de Max. Pero optó por prestar su atención a la cena.

—Había una muchacha siempre con el huésped de la habitación 315 —añadió Mayra, sorprendentemente después de un largo silencio—. ¿Sabe dónde está?

Stuart dejó los cubiertos y miró fijamente a la muchacha. En su expresión ya no había amistad ni fatiga, sino una dureza que a Mayra estremeció.

—Bien, jovencita, ya es hora de que me diga claramente qué anda buscando. —Butler mordió las palabras—. Usted ha salido conmigo para sonsacarme, según estoy viendo. De acuerdo: ¿cuál es su juego?

Mayra vaciló, le temblaron los labios y de pronto sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, yo... ¡Pero yo...!

La sujetó una mano por encima del mantel, con dureza.

—Vamos, hable. ¿Para quién trabaja usted? ¿Para Kramer? ¿O para quién? ¿Qué es lo que le han encargado exactamente que averigüe? ¿O quizá con esa carita de ángel es una experta en liquidar a los que estorban?

Mayra se puso en pie, demudada. Temblaba, horrorizada y de sus ojos rodaban las lágrimas.

—¡Déjeme! ¡Déjeme!

Se soltó de un tirón y echó a correr. Los comensales y varios camareros se volvieron, alarmados por la inusitada escena. Stuart corrió tras la muchacha, sin atender a los gritos de una otoñal sentada a una mesa próxima.

—¡Deténganlo! ¡Pero deténganlo! ¡Está martirizando a esa pobre muchacha! ¡Es un criminal!

Salió al vestíbulo y vio cómo Mayra desaparecía por la puerta.

Un portero uniformado, de imponente aspecto, le interceptó el paso.

—¿Ocurre algo, señor?

Era cortés su acento, pero en su mirada hacía una fría advertencia. Por si fuera poco, en la puerta apareció un policía que hacía su ronda. Durante unos instantes miró hacia la acera, evidentemente en dirección a la fugitiva Mayra, y luego detalló con desconfianza al detective.

—¿Algún problema, Tom? —preguntó al portero, sin mirarle, para no perder mi movimiento de Butler.

—Quizá no. ¿Verdad, señor?

Stuart tragó saliva. No le convenía prescindir de la opinión de aquella pareja por correr detrás de Mayra. Estaba seguro de que el agente no iba a permitírselo, y un interrogatorio en Comisaría iba a complicarle demasiado.

—Es evidente que no. Les ruego me disculpen si mi novia se mostró algo nerviosa. Ustedes ya saben cómo son las mujeres: a veces no resisten la tentación de hacer una escena.

El portero miró hacia el interior, por encima del hombro de Butler, y dijo:

—No nos gustan los espectáculos en este restaurante, señor.

—Comprendo.

Un camarero apareció a su lado con la factura de la cena no consumida.

—Su nota, señor.

Butler pagó, maldiciendo la eficiencia de aquella gente y por fin pudo salir a la calle, sin mayores complicaciones.

Para entonces, naturalmente, Mayra se había esfumado en la noche amable de Miami.

CAPÍTULO XI

Cuando bajó a la mañana siguiente de su habitación, Mayra todavía no estaba detrás de su pequeño mostrador. Era demasiado temprano para ello. En cambio, sí vio al conserje, y aprovechó que estaba solo para comprobar la declaración de Mayra. Efectivamente, tanto Costello como Andy Saddler se habían alojado en el hotel durante el tiempo que Max residió en él. Aquello chocaba con las palabras de Saddler respecto a que había venido de Chicago en vista de la carencia de noticias de Gordon. Costello, además, lo sabía puesto que tenía que haberlo visto en el hotel. ¿O no había resultado así?

—Preciso alguna declaración —y le deslizó unos billetes en la mano—. Necesito que precise fechas, por favor. Hoy estamos a día 20. ¿Cuándo se marchó el señor Graham?

El conserje revisó su libro.

—El 16 por la noche, señor.

—¿Qué fechas estuvo el señor Saddler aquí?

Nueva consulta y nuevas fechas.

—Vino el 14 y se marchó el 15.

—Ahora sólo nos queda el señor Costello.

—Fue el último de todos, señor. Vino el 16 después de comer y se marchó el 18.

—Y el equipaje del señor Graham vinieron a buscarlo de la «Mercury Association» el 17 por la mañana, ¿no es cierto?

—Exacto, señor. ¿Puedo ayudarle en algo más?

—No; creo que es suficiente.

Salió a la calle después de un copioso desayuno e inmediatamente subió a un taxi. En realidad, no sabía por qué había precisado tantas fechas, pues no encontraba anexo alguno que le permitiera llegar hasta el millón o hasta el asesino de Max. ¡Si al menos encontrara a Margot! Ella podría enlazar los cabos sueltos de

la trama, e informarle de cuándo vio a Max por última vez, e incluso el paradero de aquel botín fabuloso.

Se personó en el juzgado y gracias a su larga práctica encontró rápidamente lo que buscaba. Un oficial del Registro puso ante él un expediente.

—Matrimonio Gordon-Bennet.

—¿Bennet? —se extrañó el detective—. Creo que ése no es el apellido... Le dije Gordon-Andrews. Max Gordon y Margot Andrews.

—El último Gordon es este que le he sacado. Max Gordon, natural de Nueva York, casado con Margot Bennet el día 15 del presente ante el juez...

—Sí; éste debe ser.

Abrió la carpeta y se quedó mirando las fotos adosadas al acta matrimonial. En efecto, allí estaba el rostro cuadrado y sagaz de Max, y la belleza casi felina de Margot. De modo que Margot se llamaba en realidad Bennet, y Andrews era sólo su nombre artístico.

—¡Bennet! —exclamó de pronto, cayendo en la cuenta.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó el oficial del Registro.

—Oh, no, no; nada.

¡Ahora comprendía! ¡Bennet, como la vendedora de tabaco del hotel! Así que eran hermanas. Se justificaba ahora el interés de Mayra la noche anterior por sonsacarle. Un interés sospechoso, al principio, y torpe al propio tiempo. Mayra no pertenecía, pues, a ningún bando, y resultaba inocente y pura como había pensado cuando salió con ella. Mayra estaba simplemente preocupada por los pasos de su hermana, que empezaba a notar sospechosos, y trató de averiguar qué clase de vida seguía.

—¿Qué domicilio dieron ambos?

—Los dos el mismo: hotel «Florida».

No había nada por aquel lado. ¡Y Margot poseía la clave del misterio!

—Le estoy muy agradecido.

Le entregó una generosa propina y salió a la calle. Enfrente había un bar y entró en él para utilizar el teléfono público.

Cuando tuvo al otro lado el hotel «Florida» reconoció la voz del conserje.

—Soy el señor Butler —dijo rápidamente—. ¿Ha llegado Mayra?

—No vendrá hoy por la mañana, señor —dijo el empleado—. Llamó diciendo que se encontraba indispuesta. En su lugar ha mandado a una amiga que suele ayudarla. ¿Quiere que le pase la comunicación?

—No es preciso, si usted conoce el domicilio de Mayra.

—Verá, señor, yo...

—Es algo muy importante —le atajó—. No se trata de lo que usted supone.

—Oh —estuvo seguro de que el conserje se había atragantado al otro lado del hilo—. Sí, señor. Carrington Road 453.

Gruñendo algo parecido a una despedida colgó y salió a la calle. Casualmente pasaba un taxi y lo paró. Cuando llegaron a la dirección de Mayra observó la casa. Era un edificio cuadrado, gris y sombrío, como si en lugar de pertenecer a Miami estuviera en el sector fabril de Chicago. Quizá aquel color triste se debía a una factoría que humeaba no lejos de allí.

Una mujer mestiza y gruesa, envuelta en una bata de colores que hacían llorar, barría el portal con más entusiasmo que eficiencia. A través del polvo preguntó:

—¿Señorita Bennet?

—No está.

—Pero... me dijeron que está enferma. Soy el doctor. Me avisaron del hotel para que viniera a atenderla.

—Oh, qué amables se vuelven en ese hotel... —se burló—. Ya le dije que no está: salió hace muy poco.

—¿A dónde fue?

—No lo sé, pero... tomó el bus de la línea 50.

—Lo dice como si eso significara algo.

La mestiza se contoneó.

—Siempre lo toma cuando va a visitar a su hermana.

Stuart rebuscó entre los rincones de su enfurecido cuerpo una sonrisa amistosa. Quizá no la obtuvo por completo, pero el billete de diez dólares suplió largamente aquella deficiencia.

—Seguro que usted conoce la dirección exacta.

—Oh, sí —se metió el billete en el voluminoso corpiño y se alejó por el patio, ofreciéndole el sofocante espectáculo de su contoneo—. Ahorita vuelvo.

Al cabo de unos minutos estaba de regreso con un trozo de papel

de envolver que había rasgado de algún lugar.

—La anoté aquí.

Butler la deletreó. Estaba escrita con letra infantil, pero resultaba comprensible.

Le regaló los oídos con dos cumplidos y un piropo destinado a su rueda monumental y regresó al taxi. El chófer captó a la primera la dirección dictada y apretó el acelerador a fondo. Casi media hora después frenó ante un *bungalow* erigido en la costa, al igual que otros muchos, flanqueados por bonitos jardines.

Pidió al taxista que aguardara y entró en el jardín. Al hacerlo miró hacia la ventana situada junto a la puerta y vio un revoloteo apenas perceptible en el visillo. Alguien aguardaba allí, espiando todos sus movimientos. Butler llamó a la puerta, pero nadie acudió y obedeciendo a un presentimiento rodeó el *bungalow* para llegar a la puerta posterior.

Alguien salía por ella, intentando huir.

El detective corrió tras la airosa figura femenina.

—No vale la pena que intente huir: no puede hacerlo.

La alcanzó y la retuvo del brazo. Sus oscuros cabellos ondeaban ocultándole el rostro. Butler la hizo volverse.

Un par de ojos asustados le miraron. Había horror en ellos. Las mejillas sin sangre, el temblor de los labios y la flojedad de aquel cuerpo que él sujetaba denotaban un pánico sin límites.

—¡Mayra! ¿Qué le ocurre? ¿Por qué tiembla? No debe temer de mí. Soy amigo suyo, y puedo...

—¡No! —jadeó ella—. ¡Oh, no...!

Vaciló y la mantuvo en pie, con energía.

—Necesita descansar. Estará mejor dentro. ¿Se encuentra ahí Margot?

Ella se dejó llevar y entraron en el *bungalow*. Constaba este de sólo dos piezas: un *living* que debía convertirse en dormitorio por la noche y una cocina, con el servicio.

No necesitó pasar de la puerta para comprender el motivo del horror de Mayra.

Porque su hermana, Margot, había sido visitada por el mismo asesino de Max Gordon.

Mayra lloraba desconsoladamente, rotos por fin sus nervios y

dando rienda suelta a su horror. Butler, junto a ella trataba de consolarla. Había cubierto el cadáver de Margot con una sábana y, salvo eso, no había tocado nada del escenario del crimen. Su muerte tampoco había sido grata, entre las manos del brutal asesino. Una furia demoníaca parecía haberlo dominado mientras interrogaba a Margot, sin duda, acerca del millón de dólares que ella custodiaba. El castigo había sido tan duro como jamás vio Stuart en el delicado cuerpo de una mujer tan hermosa como Margot. El final de aquel ensañamiento no podía saberlo, pero si la mujer de Max no había hablado había resultado digna consorte del mejor agente que Butler conociera jamás.

—No sirve de nada llorar, nena —consoló Butler—. Te he explicado todo el asunto y ya sabes quién soy yo y por qué han matado a tu hermana. Ayúdame a capturar a su asesino. Une tus fuerzas a las mías.

—¿Qué puedo hacer? Sólo puedo llorar.

—Hay algo más que eso. Sin duda conoces detalles de la vida de Margot, sus amistades, algo que pueda anidarme a investigar.

—No: te aseguro que no...

—Anoche accediste a salir conmigo porque pensabas sonsacarme acerca de la vida que llevaba tu hermana, ¿no es cierto?

—Sí, es verdad.

—¿Qué te había hecho pensar que ella iba por mal camino?

Mayra no pudo evitar que sus ojos se dirigieran hacia el bulto de Margot, bajo la sábana, y un estremecimiento recorrió su hermoso cuerpo.

—Sus relaciones con John Graham y... algo que me dijo.

—¿Qué fue?

—Ocurrió hace casi una semana. Un día que aguardaba a ese hombre en el vestíbulo se me acercó y dijo: «Es muy posible, hermanita, que pronto puedas dejar este oficio servil. No me gusta verte detrás de un mostrador. Ahora no puedo decirle nada, pero... tendremos mucho dinero muy pronto. Guarda esta llave y si algo ocurriera utilízala...»

Cuando terminó miraba a Stuart interrogativamente, dándose cuenta ella misma, por vez primera, del alcance de aquellas palabras.

—¿Una llave?

—Sí.

—¿De qué clase? ¿No le preguntaste qué cerradura abría?

—No; pero... ahora que lo pienso. Parecía de una caja fuerte o...

—¿Dónde la tienes?

—En el hotel.

—¡Vamos a por ella!

—Pero... —Y volvió a mirar hacia Margot.

—Ya nos ocuparemos de eso. Ahora no podemos hacer nada por ella y si avisamos a la policía corremos demasiados riesgos. ¡Vamos!

Salieron por la puerta posterior y cerraron cuidadosamente a su espalda. El taxista aguardaba en la calle, fumando un cigarrillo y leyendo los pronósticos de las carreras.

—¡Al hotel «Florida», rápido! —ordenó Butler.

Por el camino, Mayra consiguió serenarse lo suficiente para que nadie notara el drama por el que había pasado. A Butler le parecieron siglos cada uno de los segundos que pasaban, adivinando lo que significaba aquella llave. Margot había alquilado una caja fuerte en algún banco, donde escondió el maletín con el millón de dólares. La llave que Mayra guardaba pondría a su alcance aquella fortuna y solucionaría en parte su problema; sólo en parte porque no iba a descansar hasta que el asesino pagara largamente su crimen.

Escuchó el frenazo del taxi y el chófer se volvió hacia él, sonriente.

—¿Qué le ha parecido la carrera?

—Excelente. Siga esperando.

Saltaron a la acera y penetraron en el hotel a toda prisa. Mayra eludió explicaciones por su presencia allí, después de haber telefonado que estaba enferma, y pasó a la parte posterior de su pequeño negocio. Stuart quedó en el *living*, aguardando, y para matar la espera sacó un cigarrillo.

Un encendedor de gas flotó en el aire ante sus ojos. Butler siguió la línea del brazo aparecido de detrás de las columnas y sus ojos tropezaron con la mirada gris y pétrea del general Rómulo.

—Saludos, Stuart.

Los ojos del detective se entrecerraron.

—Hola, general.

—¿Sorprendido? ¿Inquieto?

Butler aplicó la punta del cigarrillo a la llama y aspiró una bocanada de humo que luego expulsó sin inmutarse.

—Temo que Costello le haya contado falsas historias.

Alguien más se puso a su lado. Era un individuo fornido, de cabello negro y brillante, que respiraba violencia por todos sus poros.

—¿Es su ordenanza, general?

El tipo pareció reventar por la cólera. Sus enormes manos se entrecerraron y Stuart percibió el odio como un algo tangible.

—Es André Martin.

El detective le miró mejor. Conocía aquel nombre y demasiada gente en Guayama tenía triste experiencia al respecto. Martin era el jefe de policía, el hombre que velaba por la seguridad del Estado, durante la presidencia del general en la pequeña isla.

—Me contaron historias acerca de usted.

—También a mí me han dicho que un par de cerdos, usted uno de ellos, tratan de holgar de por vida gracias a nuestro dinero.

Butler precisó de todo su dominio sobre sí mismo para contenerse.

—Sáquelo de mi lado, general, si quiere que continuemos charlando.

Pero Martin había aprendido su oficio en Chicago y no podía prescindir de sus modales. Su mano cayó sobre el antebrazo del detective, ferozmente, y por entre sus gruesos labios rechinó su voz:

—Déjemelo, general, y verá cómo...

—Quieto, André —susurró el político—. Ya ve cómo están las cosas, Stuart, así que haga el asunto más fácil. ¿Dónde está Gordon?

—Muerto.

El rostro del general se ensombreció. Martin, que ya le había soltado, avanzó la barbilla.

—Seguro que no estaba el dinero junto a su cadáver.

—No.

—Ni lo ha encontrado.

—Todavía no.

El verdugo del general se volvió hacia éste.

—¿Necesita más pruebas?

El político avanzó su mandíbula poderosa y acortó distancias.

—Le dije ayer en Nueva York lo que pensaba al respecto, Butler.

Preciso ese dinero inmediatamente. Las armas ya están aquí y las necesitamos.

—Ni siquiera se ha inmutado al saber que Gordon está muerto.

—Aunque sea cierto, no me afecta.

—¿No se le ocurre pensar que el que lo mató lo hizo por un motivo, por un motivo tan bueno y sabroso como su maletín?

—¿Está intentando decirme que no encontrará mi dinero?

Butler se tomó tiempo para responder. No cabía duda respecto a lo que había detrás de aquella tensa pregunta. André Martin lamentaba las vacilaciones de su jefe, persuadido de que el juego duro siempre da la victoria, pero el general, por su parte, parecía no estar dispuesto a contener por mucho tiempo a su ejecutor.

Mayra salió de detrás del mostrador y le mostró la llave desde lejos. André Martin ladró:

—¿Qué es eso? ¿Quién es?

—Tengo una sola esperanza, general. Aguarde durante media hora.

—¿Para que tenga tiempo de escapar? ¡No se lo permita, general! Butler tiene escondido el dinero en alguna parte y va a buscarlo para huir. He visto cómo aquella morena le mostraba una llave. Eso sólo significa...

—¿Siempre se deja manejar por un tipo como Martin, general? Yo pensé que realmente el gobierno de usted era beneficioso para Guayama, pero viendo sus colaboradores...

Martin hizo ademán de arrojarse sobre el muchacho, pero el político le detuvo.

—Quieto, André, soy yo quien da las órdenes. ¿Qué va a hacer ahora, Stuart?

—Creo que podré traerle, el dinero, pero a cambio le pediré una cosa.

—¿Sí?

—El asesino de Max me pertenece.

—Oh, claro, no me interesa ese asunto.

Butler echó una ojeada desdeñosa a Martin.

—Y acepte mi consejo: con cierto tipo de colaboraciones, un gobierno no puede durar en el poder. No cometa los mismos errores que le arrojaron de la isla.

Se alejó de la pareja y fue a dónde estaba Mayra. Ella le entregó

la llave.

—Pertenece a un banco, como usted supuso.

La miró; efectivamente, en el anillo estaba grabada en relieve la inscripción: South Bank N.º

37 252.

Una manaza se la arrebató antes de que pudiera impedirlo. André Martin se retiró un paso y la examinó a su vez y luego lanzó hacia Butler una mirada maligna.

—Vea, general, lo que yo decía: tienen el maletín en un banco.

El detective apretó los puños, furioso, e iba a precipitarse sobre el fornido ayudante del general, cuando éste ordenó:

—Dásela, André. Confío en Butler... mientras no se demuestre lo contrario.

De mala gana, Martin obedeció, y Butler, cogiendo del brazo a Mayra, salió del hotel.

En el mismo taxi se trasladaron al South Bank, instalado en el centro. Mayra, junto a él, le observaba con inquietud.

—Esos hombres... parecían enfurecidos de verdad.

—Se calmarán en cuanto les devolvamos lo que les pertenece.

Llegaron al banco y el taxista les indicó:

—Si no les importa, es la hora del almuerzo. Ustedes encontrarán otro taxi fácilmente.

A Butler no le pareció mal y abonó la larga carrera. Luego entraron en el edificio de mármol y no tardaron en encontrar el departamento donde las cajas individuales se alineaban para uso privado de quienes las alquilaban. La caja de Margot estaba en el primer sótano, en uno de los rincones donde la nave formaba una «L». Butler encontró el número y metió la llave en la cerradura. Ésta cedió y al abrir la puerta los dos vieron un maletín de cuero negro, con las iniciales N. R., en letras doradas.

—El maletín de Nelson Rómulo, por fin.

Lo sacó y trató de abrirlo, pero las dos cerraduras estaban echadas y parecían sólidas.

—Espero que él tenga las llaves.

Una voz tras él añadió:

—Déjenos que nos ocupemos de eso, Butler.

Se volvió en redondo. Del ángulo de la nave acababan de salir Kramer y dos acompañantes, hechos con el mismo molde que Tony

y Samuel.

—Le recomiendo que no se ponga difícil, Butler —añadió Kramer, avanzando.

Tenía el brazo derecho en cabestrillo, y el pañuelo que le servía de soporte le cubría incluso la mano. Algo se agitó bajo ella y Butler miró en aquella dirección.

—Sí —sonrió Kramer triunfante—. Es una pistola. Un solo movimiento y lo mataré aquí, Butler. Estamos solos y le he puesto silenciador. Saldríamos de aquí sin que nadie nos molestase.

El detective comprendió que había perdido la partida, al menos de momento. Era de suponer que Kramer no iba a conformarse con la primera derrota sufrida. La revancha era inevitable.

—Déjenla marchar a ella, Kramer. Es ajena a todo esto.

—Nos convenceremos primero. Camine rápido, Butler. ¡Regístrale, Bill!

El llamado Bill le cacheo, quitándole una de las pistolas que les había arrebatado a los agentes del presidente Vargas.

Abandonaron el banco sin despertar sospechas, como un grupo de clientes. Butler sujetaba a Mayra por el brazo, transmitiéndole energías. Un coche negro les aguardaba en la acera. El llamado Bill pasó detrás del volante, y Hanson empujó a Mayra junto al chófer, mientras él bloqueaba una de las portezuelas del departamento posterior y Kramer hacia lo propio por otro lado. En el centro, Butler quedaba imposibilitado para actuar.

—Usted es novato en estas lides, Butler. Otro en su lugar se hubiera apresurado a salir de Miami: era evidente que yo no perdonaría.

—Cometí un error, efectivamente: debí haberles matado.

Kramer apretó los labios, de modo que sus palabras adquirieron un tono silbante.

—No le benefician esas balandronadas.

—Quizá no; pero ¿no ha pensado que yo puedo no ser tan idiota? —Habían arrancado ya y el coche se deslizaba raudo por las grandes avenidas, hacia el sur. Butler adivinó que les llevaban a la misma cabaña de la playa donde tuvieron el anterior encuentro—. Hay alguien detrás de mí.

—Sí; ya sé que el general está en Miami. ¿Cree que temblamos por eso? Si ha sido tan tonto como para dejar su feudo de Nueva

York, tanto peor para él.

—Me refiero también a la policía. Les he informado de lo que ocurría.

Hanson torció la boca en dirección a Kramer.

—Si esto es cierto...

—¡Cállate, idiota! ¿No ves que es una treta?

Butler rió.

—Caerán todos en la red. El Departamento de Estado empieza a cansarse de las actividades subversivas que desde aquí hacen los refugiados políticos. Harán una limpieza a fondo y saben dónde encontrarles a todos, cosa que harán si yo no regreso antes de una hora.

Kramer destapó la mano con la que empuñaba la pistola.

—Siga diciendo esas estupideces y le meteré un tiro en la cabeza.

—Lo harán igual si me callo, ¿no?

Habían salido de la ciudad y el coche rodaba por la carretera del litoral, hacia los cayos.

—Estuvieron muy a punto en el banco, ¿eh? —prosiguió Stuart —. Les informaron rápidamente.

—Ya le dije que teníamos nuestro servicio.

—Oh, sí.

—Al final usted mismo nos llevó hasta el dinero.

—De nada me sirvió los esfuerzos que hice por hallar la pista de ese maletín. Todo mi esfuerzo se lo lleva el diablo, por culpa de ese maldito Martin.

Notó que incluso el cuello del conductor se ponía tenso al oír el nombre.

—¿De qué habla?

—Oh, es obvio que André Martín es el agente que les informa. Sólo él sabía que mi destino era el «South Bank». Martin es la clase de gusanos que le gusta jugar a la carta que ganará: no le agrada permanecer en el exilio y seguramente el presidente Vargas le ha prometido reintegrarle a su puesto de jefe de la policía de Guayama.

—Eso le perderá, Butler. No tendré más remedio que matarle ahora.

—Lo comprendo.

Se acercaban a la cabaña. No había nadie por los alrededores. El paraje era lo suficientemente solitario como para no temer intromisiones. El coche se detuvo y Hanson ordenó:

—¡Abajo!

Salieron frente a la cabaña. Mayra temblaba por la emoción. Stuart se dijo que no podía morir una mujer como ella sólo porque fuera en su compañía y empezó a buscar un procedimiento para facilitar su huida.

—¿Qué harán con ese millón? ¿Repartírselo o... comprar armas?

—Acertó en lo último, ahora no importa que lo sepa. Ya las tenemos en Miami.

—¿Saddler?

—¿También sabe eso?

—Me dijo ayer que se las ofrecería a ustedes caso de que no le pagásemos en tres días.

Kramer lanzo una risotada.

—Quedó de acuerdo con nosotros hace días. ¿Quiere pasar, señorita? Las damas primero.

Entraron en la cabaña que aún presentaba las huellas de la pelea habida el día anterior, y Kramer sacó un tubo del bolsillo.

—Haremos las cosas limpiamente, Butler. Se tomarán dos pastillas cada uno de ustedes y... —Miró a ambos y luego rió, muy complacido—. No, no deben desconfiar: no se trata de un veneno. Es, simplemente, algo para hacerles dormir... sólo que, desgraciadamente, el sueño les acometerá a bordo de una pequeña lancha y naufragarán. Muy lamentable, ¿no? Debemos evitar que la policía sospeche. Hace demasiado calor y sería de muy mal corazón hacerles trabajar. ¿Primero las damas o, en este caso, no quiere usted ser galante, Butler?

En la palma de su mano sana había dos pastillas de color blanco, aparentemente inofensivas. Hanson se situó a espaldas del detective, dispuesto a obligarle a tomarlas, caso de que tratara de resistirse.

—Le dije antes que dejen marchar a la señorita. No sabe nada del asunto, y...

—Por desgracia, hemos hablado demasiado en su presencia. ¡Vamos, no tengo tiempo que perder! —gritó, de pronto, autoritario.

Hanson empujó a Butler por la espalda, rudamente, pero en aquel instante una voz femenina terció desde la puerta de la cabaña.

—No hagan un movimiento, amigos, o dispararé... Tengo aquí, en el bolso, un juguete muy divertido...

Butler se volvió, sorprendido al identificar aquella voz. Hanson lanzó un juramento y Kramer buscó con la mirada la pistola que había dejado sobre la mesa.

—¡No estoy bromeando! —insistió Doty Fisher.

El detective parpadeó, como si sufriera una alucinación.

La hermosa cantante, con quién había mantenido un sabroso romance en Nueva York, aparecía recortada contra el sol exterior, hermosa y turbadora como nunca. Su mano estaba hundida en un elegante bolso de cocodrilo que él mismo le había regalado unas semanas antes, como si empuñara una pistola.

Sólo que Doty jamás había utilizado aquellos adminículos tan peligrosos.

Rápido como el pensamiento arrebató la pistola a Hanson y le dio un violento empujón para adosarlo a la pared.

—Bueno, amigos, otra vez las tornas se cambian —rugió, abanicando el aire con la pistola.

Kramer se mordió los labios y Bill alzó las manos lentamente.

—Eso está mejor, muchacho —sonrió Butler.

De dos zancadas quitó de su funda la pistola que Bill guardaba en el sobaco y luego registró a Hanson, comprobando que no portaba más armas. Por último, hizo lo propio con Kramer y se apoderó también de su pistola con silenciador.

Sólo entonces Doty corrió a su encuentro.

—¡Oh, Stuart, qué miedo he pasado!

—¡Nena! —aceptó su beso ansioso—. ¡Nena! ¿Qué haces aquí?

—Os seguí... pero es largo de explicar. No tenía ninguna pistola, Stuart, pero oí que te iban a matar y...

Temblaba ahora, dando salida a su miedo dominado para salvarle la vida. Butler se desasíó de su abrazo que había tenido lugar sin dejar de vigilar al peligroso terceto.

—Bien, Kramer, las pastillas os aguardan. Empezad a tragarlas. Quiero ver cuál es su efecto, realmente.

—Prefiero morir dándome cuenta —ladró Kramer.

—Oh, no voy a mataros: eso sería un crimen. Tan sólo quiero asegurarme de que estaréis aquí cuando la policía venga a buscaros. ¡Vivo, Kramer! ¡Las pastillas!

El aludido tragó un par de ellas y lo mismo hicieron Hanson y Bill, sin dejar de mirarle torvamente.

Stuart se apoderó del maletín que tantas pasiones había despertado.

—Lo siento por Andy Saddler: no os venderá a vosotros las armas, y no sacará, por tanto, esa sobreprima que esperaba.

—¡Maldita sea, Butler! ¡Le mataremos aunque sea lo último que hagamos!

—No os pongáis truculentos, chicos. Tenéis demasiado sueño para intentar una cosa semejante.

Sus palabras parecieron ejercer un influjo hipnótico en la banda. Bill fue el primero en bostezar. Kramer se aferró a la mesa, rabiosamente, luchando por conservar la lucidez, pero la caída de Bill precipitó la suya. Hanson se tambaleó como si estuviera borracho y se derrumbó, al fin pesadamente.

Unos instantes después, los tres dormían profundamente.

Sólo entonces Butler se relajó. Doty volvió a abrazarle sin dejar de mirar a Mayra. Ésta, confusa, no sabía qué actitud adoptar.

—No seas celosa, Doty —e hizo las presentaciones.

La artista se colgó de su brazo, gozosa.

—Puedes dar gracias a mis celos, Stuart, pues debido a ellos estás con vida. Llegué a Miami en el vuelo de esta mañana y desde el mismo aeropuerto llamé a los mejores hoteles, segura de que te alojarías en alguno de ellos. Al fin te localicé en el «Florida» y cuando iba a entrar te vi salir del brazo de Mayra y subir a un taxi. Inmediatamente di orden a mi taxista de que os siguiera y así os vi entrar en el «South Bank» y luego salir en compañía de esos tipos. Pronto me di cuenta de que no estabas sumido en una aventura galante... sino en algo mucho más peligroso.

—Y nos seguiste hasta aquí.

—Exacto. Escuché parte de la conversación y lo demás ya lo sabes.

Sin abandonar el maletín volvió a besarla. Doty era subyugadora y su vitalidad le entonaba tan eficazmente como unas copas de *whisky*.

Los tres subieron al taxi aparcado a cierta distancia y regresaron a Miami. Sobre las rodillas de Butler, en el cerrado maletín, viajaba un millón de dólares: el motivo de varios asesinatos y la causa de una guerra inminente. De pronto, Butler sintió asco de sí mismo por haber tenido éxito.

CAPÍTULO XII

Al entrar en la habitación del general Rómulo, éste miró el maletín oscuro que Stuart llevaba en su mano y sonrió. Radiante, se volvió hacia André Martin.

—Tenía razón al fiarme de Butler: tiene un cierto código que respeta. ¿Dónde lo encontró?

El detective entró en la *suite* del político y cerró la puerta a su espalda, Martin le miraba con expresión codiciosa pero debajo de su frialdad aparente había una zozobra que sólo Stuart podía advertir, dado que estaba sobreaviso. Junto al jefe de policía de Guayama había otro individuo, de rostro aceitunado y mirada desconfiada que Butler desconocía. El general alargó la diestra para recibir el maletín.

—Ahora ya puedo decirle que estaba dispuesto a darle una recompensa si recuperaba el dinero, Butler. ¿Dónde lo encontró?

—Lo guardaba Margot, en una caja del «South Bank».

—¿Margot, la chica de Max Gordon?

—Sí. Aunque poco faltó para que se llevaran el maletín los agentes del presidente Vargas. Kramer y los suyos se presentaron en el banco, justo en el momento en que lo sacaba de la caja.

Martin apretó los labios hasta formar una línea recta y cruel. El general se quitó el cigarro habano de la boca y gruñó:

—¿Cómo podían saber que estaba allí el dinero?

—Una pregunta muy justa, general. ¿No es usted capaz de responderla?

—No. ¿Qué insinúa? —Había sacado un manojo de llaves y metió una en la cerradura del maletín.

—Tiene un traidor en sus filas, general: alguien vendido al presidente Vargas. Ese traidor le hará fracasar a usted en su plan de invadir Guayama, a no ser que logre desenmascararlo.

El general abrió el maletín y metió la mano en él,

codiciosamente. Sus movimientos, de pronto, se hicieron tan lentos que pareció pertenecer a una película proyectada «al ralentí».

—¿No tiene curiosidad por saber quién es el traidor, general? Ese informe no le va a costar nada.

El rostro del político se alzó y los ojos saltones le miraron con odio. Tenía las mejillas encendidas y unas gotas de sudor brillaban sobre el labio superior.

—Me conformo con saber dónde ha puesto el dinero, Butler. ¿Es que quiere burlarse de mí?

El muchacho se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua y, horrorizado, vio cómo el general volcaba el contenido del maletín sobre una mesa, mostrando una serie de fajos... de papeles de periódico, cuidadosamente cortados y sujetos con bandas elásticas.

—Pero...

André Martin vio allí la solución de su problema.

—¡Maldito tramposo! —chilló.

Con una violencia sólo justificada por el peligro que acababa de correr se abalanzó sobre Butler, golpeándole rudamente en plena boca. Stuart cayó hacia atrás, destrozados los labios y nublada la vista. Martin rugía como un toro furioso cuando se inclinó sobre él para continuar golpeándole bestialmente, pero el general le detuvo con una orden:

—¡Quieto, André! ¡Quiero el dinero, no su cadáver!

—Por supuesto, general, yo le obligaré a que nos lo dé. Demasiado tarde se da cuenta usted de que Butler nunca ha jugado limpio...

Nelson Rómulo cruzó el salón de la «*suite*» que ocupaba en el hotel «Florida» y se detuvo ante el cuerpo del detective.

—Entréguenos el dinero y lo olvidaré todo, Butler. De lo contrario...

No podía hablar, pero aun así farfulló:

—Yo... no lo tengo...

El general le volvió la espalda.

—Duro con él, André. Y tú, Oscar, tráeme a Costello: necesito que convenza a Andy Saddler para que nos de otra prórroga hasta que encontremos el dinero para pagar el cargamento de armas. ¿Sabes dónde vive Costello?

—En Seminole Avenue, pero no recuerdo el número.

—Es el 570 —rezongó André Martin, mientras izaba bruscamente al detective.

—Enciértrate con él en la otra habitación, André —indicó el general—. Desde ahí no creo que se oigan los gritos... si es que llega a emitirlos.

Butler se sintió izado por Martin, que sonreía como un tigre a la vista del tierno venado.

—¡Adentro, amigo!

Quedó a solas con el verdugo en un dormitorio de regulares proporciones. Martin se quitó lentamente la chaqueta, que plegó cuidadosamente, recreándose en crear espasmos de horror en su víctima.

—No vas a estropear mis planes, Butler. El general no podrá escucharte nunca más.

Avanzó hacia el detective. Éste sangraba todavía por la boca y trataba de recobrarse después del terrible golpe sufrido a traición. Retrocedió lentamente, tratando de ganar tiempo.

—La gente lista acaba siempre mal —añadió el que había sido jefe de policía de la isla—. Mi secreto no vas a contarlo a nadie.

Butler llegó a la pared y quedó contra ella, levemente encogido, prietos los puños, dispuesto a contener la ofensiva de su rival.

Éste se detuvo a tres metros y le mostró los amarillentos dientes...

—¿Crees de verdad que voy a darte la oportunidad de una pelea leal?

Aún no había terminado de decirlo cuando le arrojó con inusitada violencia una de las butacas, junto a la que se había detenido. Demasiado tarde comprendió Butler que lo que Martin deseaba no era una pelea, sino matarle.

Se ladeó, pero el pesado mueble le alcanzó de lleno. El impacto fue terrible y por un momento perdió la noción del lugar donde se encontraba. Martin supuso aquello y se lanzó a un cuerpo a cuerpo. Butler se encogió bajo los puños del verdugo. Éste sabía qué lugares del cuerpo humano ofrecen los puntos más sensibles y golpeó con fiereza. El estómago, el vientre, las cejas, la barbilla y el corazón fueron otras tantas dianas sobre las que martilleaban los puños como trozos de rocas.

Butler cayó y los pies de Martin siguieron golpeándole, pero el muchacho ya no percibía nada.

Por eso no vio que la puerta se abría y que el general gritaba:
—¡Quieto, Martin, no lo mates!

El chorro de agua sobre su nuca le reanimó. Tosió y se debatió para salir del frío contacto del líquido que al respirar se le había metido por las fosas nasales, pero la garra que le aferraba la nuca parecía de hierro.

Al fin le sacaron de la bañera. Una bofetada reventó en su mejilla derecha, para espabilarlo. A Oscar parecía gustarle aquel deporte, pero Butler también sabía jugarlo y lanzó de pronto una patada al vientre del aprendiz.

Oscar se dobló, como sin vida, y empezó a vomitar entre espasmos agónicos. Will Costeño le sujetó y lo sacó del cuarto de baño, dejando que André Martin se ocupara del detective. El jefe de policía le metió un puño en el estómago, aprovechando su descuido, y luego le golpeó detrás de la oreja. Butler cayó dentro de la bañera y su cabeza golpeó contra los grifos. Desde fuera, flotando por encima de la nube que enturbiaba la visión de Stuart, el ayudante del general ladró:

—Vas a maldecir el día en que naciste.

Lo sacó de allí, a empujones, y Butler se vio de nuevo en el dormitorio. Oscar yacía sobre la cama, atendido por Costello, que le envió una mirada venenosa.

—Le advertí que no debía jugar sucio, Butler. Saque el millón de donde lo tenga.

—No está en mi poder.

—¡Miente! —Costello le sujetó de la desgarrada camisa y lo zarandé—. ¡Ha matado a Margot sólo para quitarle el millón, y luego ha preparado toda esa historia del maletín y de Kramer! ¡Creo que ya ha visto que no bromeamos!

El muchacho miró a Costello intensamente, luchando por sobreponerse. Su aspecto debía ser horrible, porque se encontraba peor que nunca, pero una furia interna, un firme propósito de desquite, le mantenía en pie, milagrosamente.

Costello retrocedió, intimidado por la mirada lanzada sobre él, y Martin se le acercó lateralmente.

—Comenzaremos la sesión hasta que digas dónde dejaste el

dinero.

En una fracción de segundo, Stuart decidió que no iba a ganar nada dejándose golpear como si fuera un saco de boxeo. Tenía que hallar otro medio.

—Está bien —suspiró—. Habéis ganado —a Martin le nació una lucecita de desencanto en sus ojos sanguinolentos—. No vale la pena seguir ocultando la verdad. ¿Me dejáis que tome un trago? —Y señaló hacia un aparador donde había botellas y vasos—. He de recobrar fuerzas, si queréis que os diga dónde está el millón.

—Adelante. —Martin estaba sobre ascuas, sin duda temiendo ser descubierto—, pero no te hagas ilusiones...

El muchacho llegó al aparador, seguido por Martin, y cogió una botella y un vaso. Le temblaba el pulso y se mantenía en pie debido a un gran esfuerzo de voluntad. Se sirvió una generosa ración de *whisky* que bebió hasta la mitad de un trago. Luego bajó el vaso para tomar aliento y de pronto lanzó el contenido del vaso a los ojos vigilantes de Martin.

Éste rugió como una fiera y fue a golpear a Butler, pero éste había calculado meticulosamente sus movimientos. Con un salvajismo que nunca había practicado golpeó la cabeza de su enemigo con la botella. Se oyó un ruido horrible y el cristal saltó en mil pedazos, clavándose varios de ellos en el cráneo del matarife que se desplomó sin un gemido, como muerto.

Costello gritó y se llevó la mano al sobaco, en busca de la pistola, pero Butler se le adelantó, empuñando el gollete de la botella con las aristas hacia adelante.

A un centímetro del horrorizado rostro de Costello detuvo la mano armada.

—Quieto, Will.

Le quitó la pistola y sin darle tiempo le golpeó con la culata, dejándole sin sentido. Oscar trató de tirarse de la cama, pese a su estado, pero Butler se inclinó, aferró los travesaños de la misma, y la volcó junto con su contenido contra la pared, donde quedó aprisionado el pistolero.

Luego corrió a la puerta y la abrió. El general Rómulo acudía al oír los gritos de Costello, pistola en mano. Butler golpeó la muñeca armada con el cañón del arma arrebatada a Costello y luego repitió el castigo en la barbilla del político. Una estría roja apareció en el

mentón y dos dientes se deslizaron por la comisura de la boca, junto con un borbotón de sangre.

El general quedó tendido en el suelo, al igual que sus servidores, y el muchacho miró hacia la puerta que daba al pasillo, con una ansiedad que denotaba su inquietud durante el bárbaro castigo de Martin.

Sólo entonces, teniendo tan próxima la libertad, se dio cuenta de lo mal que se encontraba. Por eso volvió al cuarto de baño y se lavó cuidadosamente el rostro y las manos. Los puños de Martin habían dejado una huella que tardaría mucho tiempo en desaparecer, pero tampoco él había salido libre de la pelea. Butler se curó someramente y se cambió de traje y camisa para no llamar la atención al salir del hotel. La ropa del general le venía ancha, pero era mucho mejor aquello que salir con la ropa desgarrada y llena de sangre.

Unos minutos después estaba más presentable. Ninguno de los miembros del séquito del general había recobrado el conocimiento durante aquella maniobra, por lo que pudo salir de la «*suite*» sin reanudar la pelea.

En el bolsillo portaba la pistola de Costello.

Iba a necesitarla para capturar al asesino de Max Gordon y de Margot.

CAPÍTULO XIII

Doty introdujo la llave en la cerradura y le ayudó a entrar. La casa estaba vacía, pero unas maletas en el *living* denunciaban las intenciones de su propietario.

—No estás en condiciones de hacerlo, Stuart —protestó ella, haciendo esfuerzos por dominarse.

—Podré resistirlo, ya verás.

Ella permitió que se apoyara en su hombro y Butler revisó el apartamento, mordiéndose los labios con frecuencia para contener los gritos de dolor que ascendían por su garganta con cada movimiento.

—No volvería a tener una oportunidad como ésta —dijo él, más para sobreponerse a su dolor que por convencer a la muchacha.

Conforme pasaba el tiempo se sentía mucho peor. André Martin le había golpeado con tanta dureza como precisión, y estaba necesitando una buena cura en el primer hospital que encontrase a mano, pero antes debía atrapar al asesino de Max y de Margot.

—Vendrá; tiene que venir —gruñó, dejándose caer en un sillón, junto a una de las maletas que acababa de abrir, y en cuyo interior se amontonaban los fajos de verdes billetes, por valor de un millón de dólares.

En la escalera se oyó un ruido y Butler sacó la pistola que había recogido en el transcurso de la pelea en la «*suite*» del general.

La puerta se abrió y Butler apuntó directamente a la figura aparecida bajo el dintel.

—Adelante, Will: estás en tu casa.

Will Costeño hizo un movimiento defensivo, pero la pistola empuñada por el detective se agitó, amenazadoramente.

—Tendrás una bala en el cuerpo mucho antes de que puedas huir, Costeño. Entra y cierra...

—¿Cómo... has entrado?

—Te quité tu propia llave. ¿No lo has advertido? Claro, dormías cuando te registré los bolsillos.

—¿Qué... buscas?

—¿Lo preguntas aún? —Y señaló con un gesto la abierta maleta rebosante de billetes.

—Lo has averiguado, por fin.

—Sí; me costó algo porque actuaste con astucia y, sobre todo, porque te consideré leal. ¡Qué tontería! ¿Verdad?

—Al fin y al cabo, sólo hice algo que ya planeó tu amigo.

—Lo mataste; y tuviste que hacerlo de una manera horrible.

—No quiso hablar.

—¿Y Margot?

—Ella resistió menos.

—Te dio la llave y diste el cambiazco, dejando el maletín con recortes de periódico.

—Sí —sonrió cínicamente el asesino.

—Jugaste alto, Costello, y al principio todo fue bien. La grabación magnetofónica que enviaste al general te dio la coartada perfecta: Max Gordon desaparecería y del dinero no se sabría nada nunca más. Pero Gordon se mostró obstinado y no quiso decirte dónde guardaba el millón, por eso lo mataste. Luego, como quiera que estabas alojado en el mismo hotel, pudiste entrar en su habitación y llevarte su equipaje, dejando otro en su lugar, no sólo para que nadie sospechara nada, sino especialmente para despistar a Kramer y los suyos que vigilaban. Te valiste de los servicios de la «Mercury Association» para librarte del falso equipaje y para despedir al pobre Max, que ya había muerto, del hotel. Pero en el equipaje de Max tampoco estaba el dinero ni indicación alguna de su paradero, y debiste pensar que habías perdido la partida, pero mis palabras acerca de Margot te abrieron los ojos y me seguiste; nos viste llegar a la casa donde Gordon estaba muerto, y luego, cuando Margot huyó, la seguiste hasta su escondite, donde la mataste después de obtener la llave de la caja fuerte. Lo comprendí todo cuando en la «suite» del general me acusaste de haber asesinado a Margot, cuando normalmente no podías estar enterado de que había muerto.

—Eres un buen detective, ciertamente. ¿Qué piensas hacer? ¿Matarme y quedarte con todo? Te propongo un trato: la mitad para

cada uno y puedes venirte conmigo en mi lancha. Incluso admitiré a tu chica... si lo deseas —y echó una mirada a Doty.

Pero Butler negó lentamente.

—Haré algo mejor. Dejaré que el propio general dicte sentencia contra ti.

Alzó el teléfono y marcó el número del hotel «Florida».

—¡No! ¡No lo hagas! —chilló.

Pero la pistola le contuvo en su dramático intento de abalanzarse contra él.

—¿General? Soy Butler —escuchó una sarta de injurias que cortó secamente—. Escúcheme, general. Tengo el dinero y al que lo robó: venga a casa de Will Costello en quince minutos. Tráigase a todos sus amigos: será divertido.

Colgó y acto seguido volvió a marcar otro número. Costello, hundido en su sillón, parecía rumiar algún plan para escapar de aquella ratonera, pero ni aun cuando Butler habló por teléfono le perdió un solo instante de vista.

Antes del cuarto de hora oyó pasos en la escalera y a la llamada acudió Doty después de ser autorizada por Butler.

El general iba en cabeza, con un pañuelo en la boca, restañándose todavía la sangre. André Martin tenía encasquetado el sombrero, pero por detrás de la oreja discurría un hilillo de sangre procedente de las heridas que todavía no había podido vendarse correctamente. Cerraba la marcha Oscar, pálido aún, pero mostrando mejor aspecto que ninguno.

—Te creí más sensato, Butler —ululó Martin, siniestramente.

El general apartó el pañuelo de la boca unos instantes, los suficientes para mostrar su herida al hablar.

—Debe estar loco para hacernos venir.

—Vea esto, general, su millón.

Abrió la maleta. La vista de los fajos de billetes alegró la mirada del político, quien acto seguido taladró a Costello.

—¿Él es el traidor?

—Costello es ladrón y asesino. El especialista en traiciones es André Martin. Hágales hablar, general, yo estoy demasiado fatigado para darle explicaciones.

—Usted no se irá todavía —ladró el general.

—¿Por qué no?

—Tenemos que ajustar cuentas. Nadie me ha golpeado...

—Sospecho que vienen a interrumpirnos, general. Ya me he cansado de soportar los turbios manejos de todos ustedes y he decidido jugar limpio. Esos pasos pertenecen a la policía. Les va a interesar esta historia.

Se incorporó y sin dejar de apuntar a los reunidos franqueó la puerta.

—Adelante, inspector. Encárguese de ellos. Luego que me hayan curado le haré un relato que le pondrá de muy mal humor por el trabajo que va a darle. Soy Stuart Butler, detective privado, y en un tiempo miembro del Departamento de Estado.

El policía le miró un instante y se apartó de la puerta para dejar pasar a sus subordinados, que se desparramaron por la habitación, diestramente.

—En su llamada telefónica me dijo que se trataba de un asunto muy gordo y... ¡vaya si lo es! ¡El general Rómulo! ¿Quién lo puso en ese estado?

—Supongo que yo —bromeó Butler—. El caso le pertenece, inspector. Ah, y no pierda esa maleta: no quisiera tener que empezar de nuevo la búsqueda de ese maldito millón de dólares.

Se abrazó a Doty. Lo necesitaba porque las fuerzas le fallaban. Pero también le animaba a ello el atractivo de su cuerpo joven. Solicitar aquel tipo de auxilio a Doty era un placer.

FIN

Clark Carrados
**Me ha visitado
un cadáver**



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

La radio es una
distracción apasionante
y una buena fuente
de ingresos

TECNICA AL DIA



Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad

Escritos por el conocido radiotécnico

R. J. de Darkness

La mejor biblioteca práctica
sobre radio, TV y cine sonoro

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 1 PTAS.

COLECCION "PINFINELA"
845 — Jaime Burgos
EL DIA DE SU BODA...

COLEC. "MADREPERLA"
741 — Jesús Navarro
NOCHE BRUJA

COLECCION "ROSAURA"
685 — Marisa Villardelfrances
EL BESO ENTRE
LOS DÁMBUES

COLECCION "ANAPOLA"
572 — Corín Tellado
UN HOMBRE ENTRARÓ

COLECCION "ALONDRA"
506 — María Dolores Acevedo
LA ISLA DEL AMOR

COLECCION "CAMELIA"
447 — María Adela Durango
ROBO EN LA JOYERIA

COLECCION "CORAL"
135 — Corín Tellado
LA NOVIA DE MI HERMANO

COLECCION "CORAL"
241 — Corín Tellado
EN AQUEL VALLE

COLECCION "CORAL"
9 — Corín Tellado
DIABLILLO

COLECCION "FISONTE"
736 — Keith Luger
UN TREN Y LA MUERTE

Col. "SERVICIO SECRETO"
630 — Clark Carrados
MARCA DE SANGRE

COLECCION "BUFALO"
482 — Orland Garr
ACUSADO DE PORAJIDO

COLECCION "TEXAS"
251 — A. Rolcest
POKER

COLECCION "CALIFORNIA"
320 — M. Lafuente Estefanía
LE OBLIGARON A MATAR

COLECCION "COLORADO"
276 — Mikky Roberts
LA CALAVERA DE PLATA

COLECCION "KANSAS"
241 — M. Lafuente Estefanía
VIVERO DE LADRONES

Col. "HEROES DEL OESTE"
223 — M. Lafuente Estefanía
EL INFALIBLE JESSE

COL. "ASES DEL OESTE"
193 — Fidel Prado
POR LA FENDIENTE

COLEC. "BRAVO OESTE"
105 — M. Lafuente Estefanía
AHORCADOS EN
LAS VEGAS

COLECCION "PUNTO ROJO"
29 — Mikky Roberts
CARIBE SANGRIENTO

COL. "SELECCIONES S. S."
17 — Donald Curtis
SINIESTRA ESPIRAL

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 546/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 5.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 155-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 711
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacochuati, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 25 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUN-
CION.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 136
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN, (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.486
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.



N.º 1599

Kim Novak

Nació en Chicago el día 1.º de diciembre de 1934. Alcanzó la fama como actriz a raíz de la película "Picnic". La hemos visto también en "Me enamoré de una bruja" y en "Vertigo".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MÓDULO LA NUEVA, 2 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain

